

Dejen todo en mis manos



Mario Levrero (Jorge Varlotta) nació en Montevideo en 1940 y falleció en agosto de 2004. Escritor, fotógrafo, guionista de cómics, librero, humorista y redactor jefe de revista de perfil inclasificable. Autor de las novelas *La ciudad* (1970), *París* (1980), *El lugar* (1984), *Dejen todo en mis manos* (1996), *El alma de Gardel* (1996), *El discurso vacío* (1996) y *La novela iluminada* (2005), publicó asimismo los libros de relatos *La máquina de pensar en Gladys* (1970), *Todo el tiempo* (1982), *Los muertos* (1986), *El portero y el otro* (1992), *Ya que estamos* (2001) y *Los carros de fuego* (2003). Algunos de sus mejores artículos se encuentran en *Irrupciones I* (2000) e *Irrupciones II* (2001). También dio a conocer bajo diferentes seudónimos guiones de historietas y textos humorísticos.

MARIO LEVRERO

Dejen todo en mis manos



Caballo de Troya  
C/ Agustín de Betancourt, 19. 28003 Madrid  
cabalodetroya@rhm.es

Director literario: Constantino Bértolo

Diseño de la colección: Departamento de diseño de Random House  
Mondadori / Ferran López

Publicado por Caballo de Troya, un sello de Random House Mondadori, S. A.

Primera edición: junio de 2007

© 2007, Alicia Hoppe

© 2007, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-96594-13-5

Depósito legal: B. 21.856-2007

Fotocomposición: Anglofort, S. A.  
Impreso en Limpergraf

Encuadernado en Encuadernaciones Roma

CT 9 4 1 3 5

La existencia de esta novelita ha sido posible por el generoso y paciente apoyo de mi esposa Alicia, a quien por ello el lector no debe juzgar demasiado severamente.

Mi agradecimiento asimismo a: Elvio Gandolfo, Daniel Güenaga, Christian Kupchik y Osvaldo Aguirre por sus comentarios críticos.

M. L.

Las cosas por las que vivimos son como el brillo  
lejano de las alas de un insecto, a la luz de un sol  
mortecino.

RAYMOND CHANDLER

(1)

—La novela es buena —dijo el Gordo, e hizo una pausa significativa—. Pero...

Podía habérmelo imaginado, porque sé desde hace unos cuantos años que mis novelas pertenecen a esa clase; buenas, pero... Los críticos se esfuerzan por clasificar mi literatura como perteneciente a tal o cual categoría, pero los editores son más realistas, y unánimes; hay una sola categoría posible para mi literatura: buena, pero...

Levanté una mano como para detener el tránsito.

—Perfecto —dije—. Ya entendí. Ahorrarte el discurso. Eso, desde luego, no era posible. El Gordo debía forzosamente vomitar su discurso culpable, y yo lo debía soportar, pues forma parte del ser nacional. Hay algo terriblemente culpable en el hecho mismo de ser uruguayo, y por lo tanto nos resulta imposible decir **no** clara, franca y definitivamente. Es preciso agregar un enorme palabrerío para justificar ese **no**, siempre y cuando lleguemos a pronunciarlo;

más a menudo nos enredamos en transacciones complicadas, viciadas de irrealidad, que suelen conducir a desastres monumentales.

Escuché, pues, con resignación, sobre las actuales dificultades de la industria editorial en nuestro país, como si fuera un tema novedoso, como si el Gordo lo hubiera descubierto tras profundas meditaciones y encuestas. Como si en nuestro país existiera una industria editorial. Como si nuestro país fuera un país.

Y después venía la demostración de buena voluntad; él me apreciaba y la editorial me recibía con los brazos abiertos.

—Si tuvieras algo...

—Cortala, Gordo —interrumpí, más con humor que con fastidio—. Lo sabés muy bien: si tuviera «algo» no se lo traería a ustedes; intentaría colocárselo a los españoles, o por lo menos a los argentinos.

No agregué mi discurso ideológico; ya me tiene un poco harto: si yo tuviera «algo», no sería yo mismo, y me odiaría tanto que abandonaría la literatura. Siempre consideré preferible picar piedras, con una pesada bola de hierro unida al tobillo por una gruesa cadena, a matar el libre acto creativo pensando en el público. Pero es cierto que no tengo experiencia en picar piedras.

—Dejámela —insistió el Gordo, devorarlo por la culpa.

Además, lo sé buen lector, y me constaba que la novela le había gustado verdaderamente y le daba auténtica lástima no publicarla. Llegábamos, pues, a la etapa de las transacciones desastrosas. (Dejámela. En la próxima feria, tal vez...)

—Gordo —expliqué pacientemente—, te traje la novela porque necesito dinero, y tardaste mucho tiempo en leerla, y mi necesidad es abrumadora. Tengo los bolsillos vacíos. Necesito algo ya mismo. Dame un adelanto de mil dólares y quedate con los derechos. La publicás o no; eso no me interesa. Lo que sí me interesa es conseguir billetes, ahora.

—Sabés que no soy yo quien resuelve. Debería consultar con el viejo.

No dijo «debo», sino «debería», pero decidí oír mal, y dije «bueno», y me volví a sentar, y me puse cómodo, echado hacia atrás, con la cabeza reclinada contra el borde superior del respaldo como para dormir.

—Te espero —agregué.

Se levantó con pocas ganas y fue hasta el despacho contiguo a representar la comedia. Desde luego, todo era inútil, pero quería hacerlo sufrir un poco y, por otra parte, me sentía cómodo. En mi casa no hay sillones. Debo haberme quedado dormido durante un minuto o dos, porque apareció un hombre con una gran nariz roja, de payaso, y me dijo en francés una frase incomprensible de seis sílabas.

Cuando volvió el Gordo tuve un pequeño sobresalto. Ocupó otra vez su lugar en un sillón frente al mío, y habló. O yo seguía soñando, o bien se había producido un gravísimo desajuste cósmico.

—Dos mil —dijo, muy sonriente—. Te conseguí dos mil dólares.

(2)

—Dejemos momentáneamente aparte el asunto novela; eso es como ya te expliqué, y según el viejo ahora no podemos hacer nada. Pero... —la pausa dramática, con el índice levantado— necesitamos un trabajito. Podés hacerlo fácilmente, y te ganás dos mil. Sería una pequeña inversión.

Pensé, desde luego: «La Biblioteca Nacional». Me preparé mentalmente para tres o cuatro meses entre libros y revistas viejas, y diarios que se hacen polvo entre los dedos. Podía ser. No es mi fuerte, no es mi pasión, pero podía ser. Ya había terminado aquella novela y no tenía ningún proyecto especial.

Pero el asunto era otro.

—Recibimos un sobre con un original escrito a mano. Una novela más bien corta. Lo tuve unos dos meses medio

traspapelado, y un día apareció y quise echarle un vistazo. Vos sabés, no obstante la letra manuscrita, no lo pude soltar hasta el final.

El Gordo clavaba en mí una mirada hipnótica, los ojos agrandados por los gruesos anteojos pero también un poco por la reverencia, un tanto mística, ante el recuerdo de la novela. Los ojos parecían dos huevos duros flotando en una pecera, si se me permite la comparación.

—Le hice sacar una copia a máquina y después fotocopias —continuó con fervor—, se la hice leer al viejo, y el viejo la envió rápidamente a los suecos. Los suecos mandaron un fax: están enloquecidos.

«Los suecos» debían ser alguna fundación. Fundaciones suecas, entre otras, reparten dinero a manos llenas para cualquier cosa, si la creen apropiada no sé bien para qué; el Gordo no me dio explicaciones, y a mí no me interesaban.

Pero no podía imaginar cuál era mi papel en ese negocio. ¿Corrección de estilo? Muy improbable; el Gordo hace pocas cosas mejor que yo, entre ellas la corrección; y el sueldo que le paga el viejo incluye ese trabajo, entre muchos otros, y el viejo no es famoso por gastar dinero cuando puede evitarlo. Pero no quise mostrarme ansioso, entre otras razones porque no lo estaba. Siempre me ofrecen trabajos poco interesantes.

—Enloquecidos —repitió, y se quedó esperando. No me gusta que me escriban los diálogos ni que me marquen las entradas, y hubiera querido seguir callado, pero dos mil dólares son dos mil dólares y le debía al Gordo alguna satisfacción.

—¿Y entonces? —pregunté, aparentando sentirme genuinamente interesado—. ¿Dónde está el problema?

—El problema es el siguiente —respondió, adoptando otra vez un aire grave y un tono sentencioso—: no podemos encontrar al autor. —Cruzó las manos sobre el vientre y se echó hacia atrás.

Empezaba a interesarme.

Según explicó, el sobre no traía remitente. El matasellos correspondía a una pequeña ciudad del interior que llamaré Penurias (y lo digo al pasar: he cambiado todos los nombres y apodos de personas, lugares y países, para no lesionar a nadie), y la novela estaba firmada por Juan Pérez. Increíblemente, no se había podido ubicar a ningún Juan Pérez en aquella progresista ciudad. Y sin un contrato formal con Juan Pérez, los suecos no soltarían ni un centavo.

Me pareció un trabajo fácil: comprar un pasaje a Penurias —hora y media de viaje, aproximadamente—, bajarse del ómnibus en la agencia, pararse en la principal y única avenida —seguramente se llamaría Artigas—, y preguntar por Juan Pérez a los amables peatones.

—¿Cuál es el truco? —pregunté.

Como si me hubiera leído la mente, respondió:

—Por supuesto, el sábado a mediodía me tomé el ómnibus, me bajé en la agencia, me paré en la avenida José Gervasio Artigas y empecé a preguntar por Juan Pérez. Seguí preguntando hasta el domingo a la noche, y me volví tal como me había ido. Juan Pérez es un seudónimo. Es preciso investigar más a fondo, pero yo estoy clavado aquí. —E hizo un gesto dolorido, y con los ojos y los brazos me dio a entender su condición de prisionero entre esas cuatro paredes y un techo pintados de color claro.

En ese momento debí agradecerle al Gordo toda su amabilidad, recoger la carpeta con mi novela y salir disparado hacia mi apartamento y su tibia soledad. Soy un escritor. No soy Phillip Marlowe. Ni siquiera debería aceptar una investigación tipo Biblioteca Nacional. Pero aquí no existe la profesión de escritor, y el escritor está obligado a hacer cualquier cosa, excepto —naturalmente— escribir, si quiere continuar sobreviviendo.

Por otra parte, si bien dos mil dólares no son objetivamente gran cosa, para mí lo eran en ese momento, y lo siguen siendo, objetiva y subjetivamente. Ahorrando aquí y allá, un poco en esto y otro poco en aquello, me podían durar bastante. En los períodos difíciles, y he conocido unos cuantos, puedo volverme bastante frugal.

El pasaje a Penurias, ida y vuelta, cuesta unos cinco dólares. Ganancia neta, mil novecientos noventa y cinco. Lo pensé, y fingí pensarlo un rato más.

—Muy bien —dije al fin, y le pedí un adelanto de quinientos porque yo no tenía absolutamente nada en el bolsillo—. Y además —agregué—, si tengo éxito me dan otros quinientos como adelanto por la novela y me la publican este año.

—¿Y si no tenés éxito?

Me temía esa pregunta, pero estaba preparado:

—Bueno —respondí—, algún riesgo deberán correr ustedes. Los suecos...

—Voy a consultar.

Esta vez no soñé nada. Tampoco pude pensar nada; el Gordo volvió casi enseguida.

—Doscientos —dijo, y los sacó de la billetera. Yo había contado con doscientos cincuenta, pero siempre he sido un soñador. Me puse los tristes retratos de Benjamín Franklin en el bolsillo, y pedí el sobre con los matasellos de Penurias, una fotocopia de la novela mecanografiada y una fotocopia del original manuscrito.

—¿Para qué? —preguntó el Gordo, y me parece apropiado decir ahora que no es gordo; lo fue hace tiempo pero, cuando se casó, misteriosamente le fue pasando poco a poco la gordura a su mujer. Ella, hoy, es un fenómeno de circo.

—No tengo nada para leer esta noche —respondí cínicamente, fortalecido por los dos crujientes billetes verdes y ya completamente sumergido en mi papel—. Vamos, Gordo. Vos dejá todo en mis manos.

(3)

Aunque tenía mis prejuicios hacia las fundaciones suecas, esa noche fui atrapado como el Gordo por la novela —cuyo título me fue imposible encontrar— desde el primer párrafo y no pude soltarla hasta el final. Tenía un estilo llano, muy sencillo, y vigoroso, y colorido.

El argumento estaba construido en torno a un protagonista más bien contemplativo; y esa contemplación se refería mayormente al progresivo derrumbe de nuestras instituciones, nuestros valores, nuestra economía y nuestra cultura. Abarcaba, aunque en un tiempo no lineal, el período que iba desde la lucha armada, pasaba por la dictadura y desembocaba en una nueva democracia más bien formal. En esos conceptos estaría la razón de la locura sueca.

Pero había mucho más, una visión profunda del mundo y del ser humano, e incluía piedad por el ser humano, reafirmación del individuo y exaltación del espíritu, todo ello expresado con rigor, convicción y ternura al mismo tiem-

po. Era una obra maestra, probablemente la mayor escrita sobre éste suelo.

Mi compromiso iba creciendo; ya no eran los doscientos dólares adelantados ni el resto a ganar con mi investigación; ahora se me había creado una necesidad personal: esa novela debía publicarse y llegar a muchos que la necesitaban tanto como yo, porque allí estaba el germen de los nuevos valores, y allí había razones de vivir para muchos.

Cuando estaba entrando en el sueño, se me ocurrió que tal vez Juan Pérez se había ocultado precisamente por la prudencia ante esa democracia un tanto engañosa denunciada en su libro. Creí entender esa actitud. El mensaje más claro quizás era: no nos hacen falta mártires; los mártires, a la larga, nunca sirvieron mucho. Según Juan Pérez, o según yo había creído comprender, democracia y dictadura militar eran dos caras de una misma moneda, y la vida, la vida real y verdadera, transcurría en otros lugares, en otros niveles. Aplausos para Juan Pérez. No era la novela que yo había escrito, hubiera escrito o hubiera querido escribir, pero sin duda Juan Pérez era mejor escritor y mejor persona que yo.

Me dormí sintiendo un estado espiritual parecido al éxtasis, no perturbado por la subyacente preocupación de encontrar al autor escondido.

Siempre me fascinó que, cuando duermo, parecen trabajar dos mentes independientes entre sí, y resuelven problemas distintos; una fabrica sueños, pocas veces maravillosos, a menudo confusos, pero siempre cautivantes; la otra resuelve problemas prácticos. Cuando despierto suelo recordar las imágenes oníricas, con tanta mayor claridad cuanto más interesante, intenso o removedor sea el argumento aglutinante, y es pocos minutos después cuando aparecen los resultados del trabajo de esa otra mente práctica: la solución para algún viejo o nuevo problema, la aparición de algún detalle significativo omitido en algún asunto importante, cosas así.

Cuando desperté a la mañana siguiente no pude recordar ningún sueño memorable; había algunas imágenes sueltas, y recuerdo tres caballos que sonreían, haciendo propaganda a un dentífrico. Luego advertí el trabajo de la mente práctica, cuando surgieron varias ideas muy nítidas referidas a líneas de acción, y mientras preparaba el bolso y algunas cositas para llevar en los bolsillos, iba visualizando esas líneas y armándome un plan. Nada espectacular, pero, pensaba, no tan tonto como pararse en la avenida José Gervasio Artigas y preguntarle a la gente.

Dejé mi apartamento, llevando el bolso colgado del hombro y esa angustia habitual al emprender un viaje, aunque sea corto. Es una mezcla de temor a lo desconocido

con una nostalgia anticipada por las cosas y los espacios de mi casa. Esperaba poder regresar al día siguiente pero, como en muchas otras cosas, estaba equivocado.

(4)

Uno de los males creados por la dictadura y no corregido por esta democracia —y no lo dice Juan Pérez, sino yo— es la prohibición de fumar en los ómnibus interdepartamentales. En un principio, las compañías de transporte estarían obligadas a reservar algunos asientos para los fumadores: pero esto, muy probablemente debido a presiones impulsadas por las antedichas compañías, quedó finalmente sin efecto. Después, la democracia agravó las cosas suprimiendo lisa y llanamente los ferrocarriles; así usted, fumador veterano e irredento, a quien todos los médicos le han conminado a dejar el hábito pero no le han dicho cómo ni le han ofrecido ninguna ayuda o solución, usted se verá obligado a elegir entre quedarse en su casa, ir caminando o enfrentar el síndrome de abstinencia. También hay automóviles, pero no todo el mundo tiene auto. Yo no tengo, ni sé manejar, ni quiero aprender; en consecuencia, suelo viajar muy poco. Este viaje en particular no era, por su duración, exageradamente dramático, pero basta la prohibición para

hacerme desear un cigarrillo como a ninguna otra cosa en este mundo. Había preparado una estrategia. Di furiosas pitadas hasta el último instante, un pie ya sobre el escalón para subir al ómnibus con el motor en marcha. Después esperé. Tenía un truco, pero podía emplearlo sólo una vez. Cuando se hubo cumplido exactamente la mitad del tiempo del viaje, encendí el cigarrillo y aspiré cada bocanada profundamente, sabiendo que podía ser la última.

El enfrentamiento no tuvo lugar, como pensaba, con la anciana ocupante del asiento situado exactamente detrás del mío. Yo estaba del lado del pasillo, y a mi derecha, junto a la ventanilla, iba sentado un joven con aspecto tolerante. La queja vino de mi izquierda, y la formuló una muchacha sentada junto a la ventanilla, vecina a un inofensivo anciano dormido.

Estiró el pescuezo hacia mí y dijo:

—¡Señor! ¡No se puede fumar!

Di una larga pitada y seguí mirando el respaldo frente a mí. La muchacha insistió, y entonces volví la cabeza lentamente y la miré como lo haría un turista molesto ante la pésima educación de los nativos, y di otra larga pitada. Cuando reiteró su admonición, ya con voz bastante impaciente, levanté las cejas y pronuncié:

—*I beg your pardon?* —procurando un acento londinense. Ella entonces puso dos dedos en V, sosteniendo un ci-

garrillo imaginario, los llevó próximos a sus lindos labios pintados exageradamente de rojo violento, y después movió un índice rápidamente de izquierda a derecha, varias veces, negando. Volví a elevar las cejas, sorprendido, dije *Excuse me, please*, di otra pitada, dejé caer el cigarrillo, lo aplasté con la suela del zapato y me recliné, satisfecho, contra el respaldo. Cerré los ojos.

Me despertó un aviso interior; algo no andaba bien. Abrí los ojos y advertí que el ómnibus estaba detenido, el guarda y el chofer se habían bajado y casi todos los pasajeros tenían medio cuerpo asomando por la ventanilla, buscando averiguar qué pasaba. La puerta delantera estaba abierta, así que me bajé del ómnibus como un rayo y encendí un cigarrillo. El chofer estaba ocupándose del motor; el guarda, aparentemente desolado, también fumaba un cigarrillo y miraba la carretera hacia una y otra dirección, esperando un auxilio providencial.

Mi ejemplo fue seguido lentamente por unos cuantos pasajeros, entre ellos la chica que hablaba por señas. Cuando terminé de fumar, saqué del bolsillo un huevo duro, lo pelé cuidadosamente, le eché un poco de sal que llevaba expresamente en un papelito, y me lo comí. Después comí unos trocitos de queso envueltos con jamón; los llevaba en una bolsita fabricada con servilletas descartables, las cuales usaría después para limpiarme la boca y los dedos. Jamás

confío en los motores, y hago bien. Fueron probablemente estas acciones las que flecharon a la muchacha. Se me acercó y me hizo un extenso discurso, hablando un inglés perfecto. Me reí.

—Disculpe —dije—, pero no le entendí nada. Todo fue un truco para poder fumar un poco.

Inesperadamente, no empezó a golpearme la cabeza con una sombrilla, sino que ella también rió. Comenzó a parecerme una chica adorable. Después se puso seria y me explicó su actitud. Dijo militar activamente contra el cigarrillo desde que su padre, gran fumador, había muerto de cáncer de pulmón.

Yo repliqué narrando la historia de mi padre. Él nunca había fumado; tampoco bebía, ni cultivó ningún vicio. Era un hombre perfecto. Debió vivir muchos años. Sin embargo, desgraciadamente, cuando yo todavía era un niño, un día salió a la calle y lo aplastó un elefante escapado de un circo.

—Así que ya ve —añadí filosóficamente.

Después charlamos de esas cosas que hablan los viajeros; ya no puedo recordarlas, ni vale la pena el esfuerzo. Por fin me animé a preguntarle si ella también iba a Penurias, imaginando poder llegar a combinar el trabajo y el placer; pero no. Ella iba a Miserias, una ciudad más lejana. Dejé languidecer la conversación porque, como predicara William Bla-

ke, no es bueno cultivar deseos que no habrán de ser satisfechos. Lo sentí mucho; evidentemente yo le había caído bien, y ella era realmente un buen pedazo de mujer. Se llamaba Roxana, o algo así.

Adiós, muñeca.

(5)

El ómnibus llegó pasado el mediodía. La ciudad parecía un pueblo fantasma del Far West, unas casuchas amontonadas junto a la carretera; pero luego el ómnibus dobló a la izquierda, se internó por distintas callecitas y nos depositó junto a la agencia, en el aparente centro de la ciudad, bastante más extensa de lo que parecía desde la carretera. Llegábamos hora y media atrasados, algo estadísticamente normal. En la agencia pregunté por un hotel, y me dijeron que el hotel estaba a pocos metros, desde luego sobre la avenida principal. Vi partir nuevamente al ómnibus, llevándose a Roxana dormida en su asiento junto a otras víctimas rumbo a Miserias, Desgracias y otras populosas localidades del interior. Algo en el clima del lugar, que rezumaba aridez —física y espiritual— me hizo bautizarlo primariamente Poisonville; unas horas después encontré más adecuado el castizo «Penurias». Un aire caliente reseca-

ba las fosas nasales y dejaba una impresión irritante, venenosa. Estábamos a fines del verano, y no quise imaginar cómo sería en pleno enero.

El Gran Hotel Penurias era un edificio pequeño y antiguo, tipo colonial, de gruesas paredes pintadas con cal blanca. Parecía limpio. Por supuesto, no había nadie detrás del mostrador, ni alcancé a ver ningún timbre. Sin embargo, por algún motivo una pesada señora mayor, la dueña o la encargada, apareció en lo alto de una escalera y bajó trabajosamente hasta alcanzar el otro lado del mostrador.

Pedí una habitación con baño privado, fresca y silenciosa. Ella me miró benignamente desde unos anteojos tan redondos como su cara, y respondió que en la planta baja todas las habitaciones estaban ocupadas, y las del piso alto tenían techo de cinc pero, aclaró, podía ofrecerme un ventilador. Acepté, resignado, pensando que sólo pasaría allí una noche; copió mi nombre de la cédula en una libreta alargada, me pidió una suma razonable como pago anticipado y me acompañó, moviéndose trabajosamente, escaleras arriba hasta mi cuarto. Busqué defectos pero no los hallé; si bien la pieza era pequeña, parecía adecuada a mis necesidades, y no encontré arañas entre las sábanas ni detrás del roperito o la mesa de luz. Tanto la canilla de agua caliente como la de fría dejaban salir agua tibia.

Di mi conformidad, me encerré en la pieza, distribuí convenientemente mis cosas, me di una ducha rápida y, sorpresivamente, me acosté y me dormí. No podía haber hecho nada mejor; según me enteré después, a esa hora, pasado el mediodía, la siesta cae sobre el pueblo como una ley inexorable y es casi imposible encontrar a nadie.

Me desperté dos horas más tarde, con la boca seca y la mente por completo embotada. «¿Qué mierda estoy haciendo aquí?», me pregunté. Esa pregunta me la iba a repetir muchas veces en las horas y los días siguientes. El viaje, el clima, la ciudad, no sé cuál o si todo esto combinado, me había hecho perder todo vestigio de interés en la aventura emprendida. Como en los dibujos animados, apareció sobre mi cabeza un globito con la imagen de un chupetín y la palabra *sucker*. Durante la siesta había cambiado de personalidad, y me había transformado una vez más en el animalito viejo, gordo y torpe que ocupa mi lugar demasiado a menudo. Y mientras me lavaba la cara con esa agua tibia ligeramente aceitosa, supe por qué: no había obedecido mi impulso natural —seguir a Roxana hasta Miserias y vivir con ella un romance maravilloso— y ahora el Ser Interior se vengaba robándome toda chispa de inteligencia y vitalidad. Temores. Conciencia estrecha. Inhibiciones. El Ser Interior tenía razón, como siempre, y yo estaba equivocado;

le pedí perdón, mentalmente de rodillas, pero todavía me hizo sufrir un buen rato.

(6)

Pasadas las cuatro y media salí del hotel y, tal como me había dicho la maciza encargada, encontré un bar a la vuelta. Esa calle se llamaba Lavalleja; por allí cerca estaría la calle Rivera. El local se veía bastante siniestro. Tenía un tembloroso piso de madera polvorienta y aunque todavía era temprano para los bebedores habituales, el olor a caña flotaba en el ambiente, las paredes impregnadas del alcohol mal refinado. El patrón se acercó a mi mesa y sin decir buenas tardes me miró interrogativamente. Pedí un café con leche y dos medialunas rellenas. Quedó mirándome en silencio durante unos instantes, y luego pareció tomar una decisión. Atravesó una cortina de flecos coloridos y volvió rápidamente, acompañado por un chico. Fue hasta la máquina express mientras el chico salía disparado hacia la calle, seguramente hasta una panadería donde comprar las medialunas, el queso y el jamón. Imaginé que también habría alguien en algún lado ordeñando una vaca para conseguir la leche; así y todo, el patrón, un hombre bajo y robusto, calvo, tosco y con un gran bigote, tenía su lado

amable: podría haberme negado ese servicio no habitual. Incluso la máquina de café parecía estar fría. Esperé y esperé, mientras repasaba mentalmente mis líneas de investigación.

Esas líneas nacían en la misma novela. La narración permitía deducir que el autor-protagonista tendría entre veinte y veinticinco años cuando el golpe del 73; ahora andaría entre los cuarenta y los cuarenta y cinco. También podía deducirse que había ido a la universidad, o había sido por lo menos un alumno muy destacado en la enseñanza secundaria. Tal vez un profesional, pero eso no me facilitaba el trabajo; me sería más útil investigar el liceo local. Alguna memoria quedaría de un alumno excepcionalmente dotado para la literatura y otras materias humanísticas, y ese alumno debería buscarlo apelando a profesores en ejercicio aproximadamente entre el 60 y el 70 o, afinando más la puntería, entre el 64 y el 68.

Pero antes debería ir al correo; un sobre tan grande y pesado no debería verse muy frecuentemente en aquellos lugares y, por otra parte, el empleado podría reconocer la letra del sobre —aunque esto último me parecía poco probable—. Además, estaba el diario local: los directores suelen estar muy enterados y conocer a muchas personas y, estaba seguro, quienquiera que se ocultara tras ese seudónimo —si era un seudónimo—, debería haberse destacado,

durante sus cuarenta o cuarenta y cinco años, en alguna actividad llamativa para mis fines.

Ordeñaron la vaca, amasaron y hornearon las medialunas, cortaron las rebanadas de queso y fiambre, se calentó la máquina del café, y finalmente todo lo pedido fue pasando placenteramente a mi estómago. Me sorprendió la calidad del café. También, al pagar, me sorprendió que fuera tan barato, en relación a los precios capitalinos. Como último servicio, gratuito, el patrón me informó de que el correo se encontraba frente a la plaza, naturalmente en la avenida principal y única.

La plaza era el típico cuadrado con tres palmeras, cuatro bancos verdes al rayo del sol, y un monstruoso monumento: la torre de agua que permitía esos delgados hilitos en las canillas. Tampoco faltaba el monumento al prócer, sombrero en mano, ni los kioscos de golosinas y revistas en los polos de una diagonal. Pero sí noté que faltaba la fuente circular, con caños preparados para largar unos chorritos durante ciertas fiestas patrias.

La oficina del correo estaba incluida en un almacén, autodefinido imaginativamente como «Supermercado Artigas». ¿El diario local se llamaría *Artigas*, o *Penurias*? Tal vez *El Heraldito*.

La empleada del correo era la cajera, y único dependiente visible del supermercado; cuando me acerqué al mostra-

dorcito del correo, provisto de una balanza y una almohadilla reseca donde mojar las estampillas, la mujer dejó velozmente su puesto y asumió el papel de empleado público. Tenía unos cuarenta años y una expresión desengañada en su rostro enjuto, pero resultó amable y con una voz sorprendentemente vivaracha. En ese momento recordé no haberle preguntado al Gordo qué pasos concretos había dado allí; muy probablemente yo estuviera perdiendo el tiempo, haciendo las mismas cosas que a él no le habían resultado. Me apareció nuevamente el globito de historieta sobre la cabeza. Pero no era así. Después del saludo, expliqué que deseaba localizar a una persona, por un asunto de su interés; tal vez la señorita funcionaria me podía ayudar si tenía buena memoria y dotes de observación.

—Por ejemplo —dije, exhibiendo el sobre protegido por una bolsita de nailon transparente que le había puesto el Gordo—, tal vez usted recuerde haber despachado este sobre, hace unos tres meses.

Ella sonrió un tanto beatíficamente, en lugar de reírse a carcajadas. Movi6 la cabeza, negando.

—Todos los días se despachan unos cuantos sobres como éste, señor —dijo. Le agradecí mentalmente que hubiera dicho «señor», y no «imbécil».

Muy bien. Línea cerrada.

—De pronto la letra le resulta familiar —dije, poniendo

el sobre ante su vista, y sintiéndome cada vez peor—. Debe haberlo traído un hombre de unos cuarenta o cuarenta y cinco años. También puede llamarse Juan Pérez, o ése puede ser un seudónimo.

Miró atentamente el sobre durante unos cuantos segundos, y después volvió a mover la cabeza negativamente. Dirigió a mis ojos una lánguida mirada celeste.

—No creo reconocer la letra, señor, y no conozco a ningún Juan Pérez. Pero no me parece letra masculina —agregó, provocándome un escalofrío. Me quedé mirándola, con los ojos muy abiertos y duros.

—Espere un momentito, por favor —rogué—; acá tengo más muestras.

Saqué del sobre la copia del manuscrito. Observé por primera vez esa letra primorosa, redondita, con puntos dibujados como pequeños círculos sobre las íes, mientras sentía que el mundo me caía encima. Juan Pérez era homosexual.

—Es letra de mujer —dijo, y su tono tenía la certeza de un perito caligráfico, o grafológico, o de cualquier idiota que hubiera hecho lo que yo no había hecho: mirar atentamente aquella copia.

—De mujer —dije, con un costado de la boca torciéndose en una sonrisa dubitativa—, o bien... digamos, un hombre extremadamente delicado... digamos, un hombre...

—No, señor—negó categóricamente, golpeando la tapa del mostrador con un puñito reseco—. Es letra de mujer.

Y tenía razón. Juan Pérez no podía ser un varón homosexual; no si poseía aquel estilo vigoroso, llano, directo.

Pero entonces tampoco podía ser una mujer. A menos que... Sí. Lo supe. Juan Pérez, como casi todas las grandes escritoras, era una lesbiana.

La vi, la vi ante mis ojos, parecida a esa funcionaria, tal vez más alta, con una voz más gruesa y un bigotito esbozado sobre el labio superior, el pelo recogido en moño, o bien cortado muy cortito... La vi llevando un traje de corte masculino...

—Juana Pérez—dije abruptamente—. ¿Conoce a alguna Juana Pérez?

La empleada sonrió.

—Vive ahí enfrente—dijo, señalando con un índice y un brazo estirados un punto situado frente a nosotros, al otro lado de la plaza.

(7)

Era una casa alta, con un frente estrecho, probablemente muy larga; una hoja de la puerta estaba abierta y dejaba ver un corredor oscuro. Toqué el timbre, pero no lo oí sonar.

Dejé pasar un minuto y la emprendí con un llamador con forma de mano; lo dejé caer tres veces contra su base, y surgió como de la nada un perro pequeño y empezó a gruñir y a morderme rabiosamente los zapatos. Levanté el pie, agradeciendo que no fuera uno de esos perros fanáticos por las pantorrillas, y moviéndolo a uno y otro lado lograba mantener a la fiera más o menos a raya. Después apareció un niño, o niña, de dos o tres años. Se paró en la puerta y se quedó mirándome fijamente.

—Juana Pérez—le dije, y ante su absoluto mutismo, insistí—: Juana Pérez, ¿vive aquí?

Quedó mirándome, fijos los ojos durante algunos segundos más, y después sin decir nada dio media vuelta y salió corriendo hacia el fondo. Afortunadamente, el perro fue tras él, o ella. Esperé un rato, y reapareció el perro, seguido por una anciana señora, cuando menos octogenaria; era baja, delgada, llevaba ropas negras y tenía unos pocos pelos completamente blancos abiertos en abanico, como un nimbo, rodeando el cráneo. Iba a repetir mi pregunta, cuando ella se adelantó, hablando con una voz cascada pero perfectamente nítida.

—Dice que ahora no lo puede atender. Dice que lo espera en lo del Turco a las siete.

—¿Dónde queda eso?—pregunté, pero inútilmente; vieja y perro dieron media vuelta y desaparecieron por don-

de habían venido, ella balanceándose, con un ritmo parecido al de «La chica de Ipanema», sobre unos pies calzados con alpargatas que arrastraba penosamente. Me encogí de hombros. A las siete, en lo del Turco. Eran las cinco y treinta y cinco.

No obstante mi seguridad inicial, el clima de esa casa me había generado ciertas dudas. Tal vez esa Juana Pérez no fuera el Juan Pérez requerido. Iría a la cita, si lograba averiguar qué era lo del Turco, pero ocuparía el tiempo inmediato en seguir otras líneas. Fui hasta un kiosco y compré un ejemplar del diario local. Me senté a leerlo en un banco verde.

Se llamaba *La Voz*. Y no era un diario local, sino zonal; y no se editaba en Penurias, sino en Desgracias —localidad situada entre Penurias y Miserias—, y abarcaba estas tres ciudades, más una población cercana, muy pequeña, que llamaré Lamentos. Y no era un diario sino un semanario, y sólo contenía un montón de basura cuya organización estaba al alcance de cualquier idiota: noticias policiales, en su mayoría accidentes de tránsito; nacimientos, bodas, notas sociales, avisos fúnebres, el estado del tiempo (válido solamente para el lunes), avisos, farmacias de turno. Ni una frase destinada a la cultura. Muy bien: otra línea de investigación desdibujada. No encontraría a ese director imaginado, ni siquiera estaba seguro de encontrar a ningún director.

Recorté el cabezal, pues además del nombre traía la di-

rección y el teléfono, y con el resto hice un bollo y lo arrojé hacia una lata municipal para desperdicios colocada contra un árbol cercano. No acerté. Tampoco habían acertado muchos otros, según los desperdicios esparcidos alrededor de la lata; por eso no me molesté en recogerlo.

No diré que volvieron a invadirme la pesadez y el desánimo, pero sí recordé esa presencia. Un tipo viejo, gordo y torpe. Sentado en un banco verde en una plaza del interior, frustrado en los mismos inicios de una investigación mal hecha. Bárbaro.

Para empeorar mi situación, ya era una hora en la cual las calles se iban animando, y empezó a pasar gente que me miraba con sospecha y descaro, haciéndome saber que me reconocían como forastero, algo casi tan siniestro como extranjero. Tres niños se pararon a cinco o seis metros y empezaron a mirarme y a señalarme y a hablar entre ellos con la boca torcida. Después vinieron unos muchachos y se quedaron rondando mi banco. No me pegaron.

De todos modos me levanté y me fui. Por el contorno de la plaza primero, y después por la avenida principal, seguí recibiendo miradas torvas. Entré a un bar pegado a la iglesia, siempre frente a la plaza; era un lugar más decente que el de la calle Lavalleja. Comí pizza gomosa y tomé Coca-Cola bastante fresca. Después pedí un café. El mozo no me amaba, pero tampoco me agredía; un profesional. El café era malo.

Las seis y cuarto. Encendí un cigarrillo más, y pensé en Roxana, o Mabel, o como se llamara aquella chica, y pensé también en su padre. A ella la recordaba rubia y con ojos grisáceos, pero mi memoria de esas cosas nunca es buena. Al pensar en el padre arrojé el cigarrillo. Después encendí otro. Las seis y media.

A las siete menos cuarto me acerqué al primer taxi estacionado sobre esa misma esquina, y por la ventanilla abierta le pregunté al conductor si sabía dónde quedaba lo del Turco. Afirmó, moviendo la cabeza una sola vez. Le pregunté si me podía llevar. Repitió el movimiento. Subí, pues, y en cinco minutos llegamos al sitio, otra esquina en un cruce de callejas estrechas. Otro bar. Se llamaba El Turco. Comparado con éste, el bar mugriento de la calle Lavallega merecía como mínimo tres estrellas. La tierra acumulada en los vidrios no dejaba ver el interior. No se perdía mucho.

Elegí una mesa en un rincón apartado del mostrador, donde algunos bebedores departían amablemente sobre grandes temas. No quería ser uno de esos temas. Fingí mirar la calle. En realidad miraba los grumos de tierra, y los caprichosos dibujos que en la tierra habían trazado infinidad de gotas de lluvia. Apareció un animal grandote y cuadrado, vestido de mozo. Me quedé mirándolo; me repugnaba echar nuevas porquerías al estómago. Finalmente pedí

agua tónica, algo que, entre borrachos, no está tan mal visto como el agua mineral que realmente quería pedir.

A las siete en punto apareció Juana Pérez. Si era lesbiana, lo disimulaba con un éxito rotundo. Era una hermosa mujer. Tendría treinta y pico, aunque muy bien podrían ser cuarenta y pico, pues, con las mujeres, nunca se sabe. Tenía lindas curvas y un andar gracioso. Largos cabellos rubios. Un tapado liviano, del color de las violetas, un poco impropio en verano, la cubría desde el cuello a las rodillas. Traía las manos en los bolsillos y se dirigía sin titubeos a mi mesa. No me explico cómo hizo para surgir allí; los bebedores ni siquiera parecieron enterarse. Se sentó, sonriente, en una silla frente a mí.

—¿Juana? —pregunté.

Ella asintió con un gracioso movimiento de cabeza, un tanto complicado, y me regaló una sonrisa que tenía un dejo humorístico mientras me miraba desfachatadamente a los ojos. De pronto comprendí, porque el cuadro se completó al llegarme a la nariz las emanaciones de cierto perfume muy popular entre las prostitutas, y sentí el impulso fóbico de la huida. Tragué saliva varias veces. Me aclaré la garganta. Pensé en el Gordo, la investigación, los dólares.

—Ando buscando... —comencé a decir.

Ella se abrió el tapado, y lo volvió a cerrar en una fracción de segundo, pero alcancé a ver bien las tetas más es-

pléndidas que ojo humano haya contemplado alguna vez en este planeta.

En mi mente se proyectó a toda velocidad un videoclip delirante: una maza golpea la plataforma de un aparato de feria para medir la fuerza; la pesa sube y sube hasta alcanzar la campana en lo alto, pero lo que suena es la cabeza de Curly cuando Moe la golpea con un caño. El pájaro carpintero aparece por distintos ángulos en la pantalla dejando oír su risotada característica, y en el centro hay un toro escarbando la tierra con una pezuña; le salen de la nariz nubes de vapor. Un reloj cucú da las tres, suenan campanas de iglesias, Jesús camina sobre las aguas, los Patos Cabreros arrancan con la retirada del 32, la muchedumbre sale a las calles, como un río, para festejar la liberación de París. Brotan llamas en las paredes del hotel de Barton Fink. Una piedra enorme cae sobre el coyote.

—Andaba buscando precisamente eso —dije, queriendo ser cínico y casual, lo menos parecido a un adolescente en su primera cita, pues así exactamente me sentía, pero la voz me salió ahogada, encendí un cigarrillo por el extremo del filtro, las manos me temblaban, tenía un tic en un párpado y, al levantarme, golpeé la mesa con una pierna, haciendo derramar un vaso de agua.

Me guió por una escalera que llevaba discretamente al piso superior, donde había varias habitaciones. Nos meti-

mos en una de las que tenían la puerta abierta; era sucia, mal ventilada, con una cama que exhibía sábanas revueltas. No me importó.

(8)

Ya en mi hotel, fui hasta el mostrador a pedir la llave; en lugar de la dama con cara y lentes redondos, había otra, tan vieja como aquélla pero alta y delgada, con la cara, y especialmente la nariz, idéntica al indio Patoruzú. Tuve ganas de pedirle un autógrafo.

Me fui derecho a la cama; era mayor el cansancio que el hambre; si conseguía quedarme dormido rápidamente, podía saltarme la cena, y el sueño evitaría el ataque de hipoglucemia.

Advertí que alguien había arreglado la cama y puesto un poco de orden en la pieza; esto se repetiría a menudo, pero nunca logré descubrir quién se ocupaba de esas cosas. Me dormí muy pronto, mientras rememoraba una y otra vez los maravillosos momentos pasados.

Juana había sido un hallazgo increíble en aquel lugar dejado de la mano de Dios. No pude imaginar de qué forma había surgido allí ese prodigio, como esas flores nacidas en medio de los basurales. No era sólo su perfecto profesiona-

lismo; había mucho más, había arte —un arte más antiguo y más noble que la literatura, aunque mucho más efímero—. Y tenía, además, una rara virtud: conocía sus limitaciones, pues hablaba poco, casi nada, presintiendo tal vez que su discurso no estaba a la altura de su encanto.

Desde luego, había olvidado mi investigación, y no tenía ninguna prueba de que ella no fuera Juan Pérez; era muy improbable, pero no debería dejar cabos sueltos. Debería investigarla más. Más, más, más, más, más. Mucho más. Tal vez al día siguiente; me había dado su número de teléfono, para combinar nuevas citas sin enfrentar al cuzco. Debería llamarla sobre las cinco; no antes, porque necesitaba descansar; no mucho después, porque podría quedarme sin turno libre. Sí; al día siguiente seguiría investigándola a fondo.

Dormí muy profundamente, y al despertar advertí que sufría una intensa erección, si bien «sufrir» no es la palabra adecuada, pues no venía asociada a una necesidad de satisfacción urgente; era más bien una evidencia de autoafirmación, y tal vez un merecido homenaje. No recordaba haber soñado, ni tenía siquiera esa vaga consciencia del paso del tiempo que se tiene al dormir; sin embargo, también esa noche mi mente había trabajado durante el sueño, y al despertar me entregó importantes revelaciones, pero no sobre la investigación.

Supe por qué no había seguido viaje en el ómnibus tras

aquella chica, Gladys o Mabel. Supe que hacía tiempo ya, desde que mi mujer me abandonara, me había acorazado en una vida de ermitaño y cerrado las puertas a los afectos, y había eludido incluso la actividad sexual; no es que hubiera reprimido trabajosamente los deseos; los había bloqueado mucho antes, sin permitirles hacerse conscientes.

Todo aquello se había traducido en una depresión y me había llevado a iniciar una psicoterapia, sin resultados perceptibles. En cambio, aquella generosa y fugaz exhibición de Juana en el bar produjo en mí ese clic, como si Juana fuera la única llave capaz de abrir la cerradura de mis emociones. Mi psicólogo no lo habría conseguido en diez años, aunque se hubiera desnudado por completo y bailado una danza watusi. Por otra parte, las sesiones de Juana eran un poco más económicas y duraban diez minutos más. Con gusto habría cambiado al psicólogo por Juana, si no lo hubiera cambiado, un mes atrás, por cigarrillos y comida.

A continuación, mi mente me hizo ver que estaba metido en un lío. Tengo una personalidad de adicto, y Juana se transformaría —ya casi se había transformado— en un vicio y en una obsesión. Si ahorraba al máximo, podría apartar el dinero estrictamente necesario para tres o cuatro comidas y el pasaje a Montevideo, y el resto alcanzaría apenas a cubrir cuatro o cinco sesiones más con Juana, cantidad insuficiente para completar un ciclo, adquirir confianza nue-

vamente en mi sexualidad y mantener abierta esa puerta misteriosa al placer y al dolor (uno le cierra la puerta al dolor, y por el mismo acto también al placer y a todo lo que hace que la vida valga la pena de ser vivida). No quería volver atrás, no podía permitir otra vez la coraza y la depresión.

Ya no era el viejo, gordo, torpe; en ese momento era Arnold Schwarzenegger. Podía deshacer a mis enemigos apretándolos todos juntos en un puño; podía tirarme en ese mismo momento al piso y hacer doscientas flexiones; podía ganar un campeonato de atletismo. Al menos, mientras la presencia intangible de Juana no se fuera evaporando de mi piel.

La erección fue cediendo, me levanté y me di una ducha, y mientras el agua tibia caía sobre mi cuerpo se me apareció la imagen del psicólogo, diciéndome que mis conductas eran las de un adolescente. Hice un gesto obsceno hacia la imagen del psicólogo. Tal vez él tenía razón, pero si mis conductas fueran otras, yo no sería yo, y yo quiero ser yo, y he vivido lo suficiente para darme cuenta de cuáles cosas me hacen bien, y cuáles no. Juana me hacía bien. El psicólogo, no. A la mierda con el psicólogo.

Después dejé la llave sobre el mostrador, sin ver a nadie, y me fui al bar de la calle Lavalleya, donde se repitió puntualmente el ritual del día anterior, salvo el ordeño porque pedí café negro. Había llevado conmigo el sobre con la novela,

pensando volver a leerla, al menos en parte, para ver si conseguía poner nuevamente la cabeza en el trabajo. No tenía ganas de trabajar, ni de leer; sólo quería que se hicieran las cinco para llamar a Juana y combinar una cita. Pero comprendía que era forzoso concluir mi trabajo si quería cobrar los mil ochocientos dólares más los quinientos de adelanto por mi novela, si quería tener a Juana a mi disposición por un tiempo más largo. Dos mil trescientos dividido entre veinte; cien sesiones y pico. A tres sesiones semanales, el dinero podía durar... La medialuna que mojaba en el café se ablandó demasiado y una parte se desprendió y cayó al fondo de la taza; eso fue porque alguien, una voz masculina bronca y desconocida, había pronunciado junto a mí todos mis nombres y apellidos.

Levanté la vista, y vi a un hombre robusto, canoso, sonriente y completamente desconocido parado junto a mi mesa. Alcé las cejas.

—¿No te acordás de mí? —preguntó, y siguió sonriendo con la boca y los ojos, sin decirme quién era.

(9)

Esos juegos no me hacen feliz. Le señalé la silla vacía frente a mí, y con la cucharita intenté rescatar el trozo de media-

luna mientras pensaba y pensaba febrilmente. Nada. Ese hombre no existía.

A menos que fuera Juan Pérez.

—¿Juan Pérez? —pregunté, con una remota esperanza.

Se había sentado, y estaba buscando dónde apoyar un portafolios negro. Se echó a reír violentamente y las carcajadas hicieron vibrar las paredes.

—¡Siempre el mismo! —exclamó, regocijado—. En casa tenemos todos tus libros de chistes.

¿Libros de chistes? Nunca nadie me había ofendido tanto. Tragué el resto de la medialuna, sintiendo que el día estaba comenzando mal. ¿Por qué misterioso mecanismo desconocido del funcionamiento cósmico debe darse siempre ese maldito equilibrio? Por cada Juana Pérez, varias docenas de estos Juan Pelotas. Metí la novela no releída en el sobre, me preparé a mojar cuidadosamente la segunda medialuna, y me resigné a mi destino.

—Me doy por vencido —dije—. No recuerdo tu cara, ni tu nombre.

Cuando uno, por razones válidas o no, se ha creado fama de humorista, todo lo que pueda decir o hacer es un chiste. El tipo explotó otra vez en carcajadas, y el dueño del bar corrió muy alarmado a sujetar una botella que se tambaleaba en un estante.

—¡Troncoso! —exclamó al fin, con los ojos brillantes, y

en principio lo tomé como un insulto. Pero después canturreó—: «Qué gozo, qué gozo productos de Troncoso». El pibe que aparece comiendo el alfajor es hijo mío, ¿sabés? El más chico. De mi tercera esposa. ¿Conocés el comercial?

Efectivamente, conocía y odiaba ese estúpido aviso.

—No —dije—. No veo televisión.

Agitó ante mis narices una tarjeta. «Parménides Troncoso», decía, y no me decía mucho. Seguí manteniendo mi cara de póquer.

—¡Piolín! —gritó, extendiendo la sonrisa hasta las orejas.

—¡Piolín! —exclamé, y me levanté con los brazos abiertos. Nos palmeamos la espalda largo rato.

Ahora sí recordaba bien al hijo de puta. Era un chiquilín con cara angelical y redonda, rubio, una boca llena de dientes menuditos. En tercero de escuela, cada tanto se sentaba por un rato al lado mío, se iba, y después yo notaba invariablemente que me habían robado los lápices de color, la lapicera o la goma de borrar. Un maldito ladrón desde su más tierna infancia. Por suerte, sólo fue ese tercer año; después nunca más se había cruzado en mi camino —hasta esa mañana en Penurias, para arruinarme el efecto de los sesenta minutos pasados con Juana Pérez.

—¿Cómo me reconociste? —pregunté más tarde, tras una charla insustancial—. Supongo que estoy tan cambia-

do como vos —agregué, aunque sin decir que esperaba no parecerme tanto a un cerdo; pero de cualquier manera era un cincuentón, y había ido conmigo a la escuela, y mi imagen de Schwarzenegger y las expectativas ante la terapia de Juana se desvanecieron como por ensalmo.

—¿No te digo que tenemos todos tus libros? He seguido toda tu carrera. Siempre recorto los reportajes y las fotos, y los pego en el álbum. Porque tengo un álbum, ¿sabés?, todo con recortes tuyos. Mi mujer y mis hijos no pueden creer que hayamos sido compañeros de escuela.

«Yo tampoco», pensé, pero no lo dije.

—Contame tu vida —dije en cambio. Debía pagar mi precio por la notoriedad, pero quería borrar como tema principal y eludir puntos dolorosos de mi biografía, justo los más interesantes para esta gente. Y me contó, entonces, su vida, durante cuarenta y cinco largos minutos. Nada memorable, y aunque lo fuese no podría recordarlo porque intenté escuchar lo menos posible. Tuve todo el tiempo la mente ocupada en pergeñar algún daño contra Piolín y en cómo resarcirme moralmente de los lápices, las plumas y las gomas robadas, y sobre todo de la rabia y del dolor que aquellos robos me habían causado.

—Bueno —dije, al fin, mirando el reloj—. Lo lamento mucho, pero tengo algunas cosas que hacer. Me guardo tu tarjeta. Cuando vuelva a Montevideo...

—Esperá un poco. Apenas te vi, pensé que eras el tipo justo para un negocio que tengo pensado. Vos sabés, estoy aquí haciendo de corredor porque el corredor regular está enfermo; te podés imaginar que no me hace ninguna gracia andar por los almacenes y los bares ofreciendo alfajores. Pero me vino bien hacer este viaje, porque te encontré a vos, y porque durante el recorrido se me ocurrió que sería mucho más conveniente tener en la zona un centro de distribución, ¿entendés?, en lugar de un corredor que viene cada quince días, anota los pedidos, después vuelve, él u otro tipo, a entregar la mercadería. Lo que preciso es un hombre de confianza...

Levanté una mano para detener el chorro.

—De veras que tengo que hacer —dije—. El asunto me puede interesar. —Pensaba en Juana, y en un posible fracaso de mi investigación. Tal vez...—. En cuanto llegue a Montevideo, te llamo. ¿De acuerdo?

Lo aceptó sin entusiasmo; se lo veía muy ansioso por resolver el tema en ese mismo instante. Tenía una camioneta estacionada ante la puerta del bar; de ella sacó una caja y me la entregó ceremoniosamente. Alfajores Troncoso. Le di las gracias y lo miré subir, poner el motor en marcha y alejarse sin prisa Lavalleja abajo. Levanté un brazo y agité la mano en un saludo hipócrita, mientras pensaba «Ladrón hijo de puta».

Debía apresurarme si quería hacer algo útil, porque la siesta se tragaría a la gente; faltaba muy poco para las once, y tenía planificada mucha actividad. Era preciso asegurar los dólares. Los anteriores motivos, más altruistas, para impulsar la publicación de la novela, se me habían borroneado bastante, y estaba cultivando un incipiente odio hacia ese Juan Pérez que se había escondido tan cuidadosamente. ¿Tendría motivos políticos para ocultarse? ¿Era simple prudencia, o pesaría sobre él, o ella, alguna amenaza real? Maldije a Piolín por haberme impedido la relectura; pero ya la haría más tarde, buscando ahora ciertas pistas: alguna denuncia concreta, o alguien que pudiera sentirse amenazado, pero no creía que en verdad se me hubiera pasado algo así en mi primera y única lectura.

Preguntando, no obstante las miradas torvas, pude ubicar allí cerca —pero no en la avenida— el local del liceo. Era bonito, grande, moderno. En la bedelía pregunté por el director. No se encontraba; podía, en cambio, hablar con el secretario. Éste resultó ser un individuo menudo y ampuloso. Usaba un bigotito de sádico y rezumaba hipocresía y petulancia. Creía disimular la calvicie mediante un trabajo de orfebre, que le insumiría una buena hora diaria, sobre las

ruinas de una cabellera. Apenas dijo dos palabras, supe que estaba allí por razones políticas y no por méritos. El director sería un ave parecida; ahora estaría pescando, o borracho, o ambas cosas.

Oyó mi nombre, mi profesión y cuál era la prestigiosa editorial que me enviaba, y dijo sentirse tremendamente honrado por mi presencia. Y, maldito sea, me llevó a conocer todas y cada una de las dependencias de ese orgullo local. Incluso incursionamos en algunas salas de clase. Fui observado críticamente por cientos de ojos desconfiados y burlones. Cuando se me presentaba como un célebre escritor nacional, creía notar en algunas miradas un razonable temor de que me pusiera a recitar «Motivos de Proteo» o «La leyenda patria». Al verme aparecer en una clase práctica de biología, los alumnos se mostraron expectantes y alborozados, pensando sin duda que yo era el nuevo espécimen a diseccionar. Juré vengarme de todo aquello en la persona del enano secretario. Después me invitó a su despacho y se puso a mi disposición. Le conté mi problema, a grandes rasgos, sin dar demasiados detalles. Se mostró muy interesado, entusiasta y colaborador, pero obviamente había entrado al liceo con el nuevo gobierno y no sabía nada de los años sesenta, ni de ninguna otra cosa.

Luego se excusó; debía, dijo, consultar los ficheros. Más bien, pensé, iría a preguntarle a alguna empleada adminis-

trativa, o a alguna limpiadora, la gente verdaderamente útil. Me entretuve paseando la vista por el sobrio despacho, grave y digno, con sillones tapizados en cuero auténtico, banderas y retratos de augustas celebridades. Me imaginé al enano sentado allí, en su enorme sillón giratorio, escarbándose todo el tiempo las uñas y los dientes.

Volvió trayendo malas y buenas noticias. Malas noticias: casi todos los profesores de los años sesenta habían muerto o emigrado. Buenas noticias: había una profesora de literatura, jubilada, viviendo aún en Penurias. Me entregó un pape-lito con sus señas. Se llamaba Ermelinda Schnapps, Florinda Potz, o algo parecido. Tampoco recuerdo cómo se llamaba el enano, ni siquiera lo recordaba ya en aquel momento.

Una vez alguien, no importa quién, me había convidado con un alfajor Troncoso. Me había hecho vomitar hasta las tripas, no sé si por la simple calidad del producto o por la influencia de la cara de Troncoso chico en la inmunda propaganda televisiva. Aparecía sonriendo, con algunos huecos entre los dientes y la cara embadurnada por una sustancia pegajosa y oscura; tenía los ojos desorbitados y decía: «¡Qué rico!». Me pareció oportuno corresponder a la gentileza del señor secretario obsequiándole los alfajores que, según expliqué, me había entregado recién el mismísimo fabricante con sus propias manos. Quedó encantado.

Salí como flecha, buscando una papelería. Quería escri-

bir una carta al diario zonal, y todavía no había resuelto si pondría un aviso o no, para ver si Juan Pérez se comunicaba conmigo —me parecía un recurso indigno y en un principio lo había descartado, y tampoco confiaba mucho en su eficacia, pero ahora quería utilizar todos los cartuchos posibles—; lo importante en ese momento era encontrar la papelería antes de la siesta. Entre una cosa y otra, se habían hecho casi las doce. Pero tuve suerte.

La papelería —pomposamente denominada Librería La Luz, aunque pude comprobar que no tenían un solo libro a la venta— estaba abierta todavía y además ostentaba un cartel muy visible que decía RECEPTORÍA DE AVISOS. La bonita y movediza empleada, que sin duda sufría de hipertiroidismo, y de hiper otras cosas más agradables, me respondió que efectivamente recibían avisos para *La Voz*.

—Si lo pone hoy, sale el lunes a la tarde —agregó.

—¿Hasta cuándo tengo tiempo, para que salga el lunes? —pregunté, pues quería pensarlo mejor. Hasta el viernes a la tarde. Estábamos a... miércoles. Bien, lo iba a pensar. Mientras tanto, ¿podría decirme ella si conocía al cronista local?

—¿Lo qué? —preguntó, aumentando el carácter protuberante de sus ojos.

—Al cronista local —repetí—. Alguien debe ocuparse de enviar las notas sociales de aquí, y otras informaciones.

—Bueno, la mayoría son avisos que mandamos nosotros, o los pasamos por teléfono. —Se rascó debajo del pelo con una birrome, detrás de la oreja—. Pero, sí, hay un chico. A veces manda alguna nota, como la del festival de rock. Se llama Juancito.

—¿Juancito? ¿Juancito Pérez? —pregunté, por simple rutina.

—No. Juancito Fiore. No sé dónde vive, pero a esta hora seguro que está en el kiosco. El del bar de la plaza. No el que está de este lado, sino del otro.

Compré unas cuantas hojas de papel y tres biromes azules. Como no tenía cambio, me dio de vuelta varios caramelos redondos, de colores horriblemente chillones. No tenían envoltura, y fueron a juntar pelusa en un bolsillo del saco. Agradecí sus informaciones y su gentileza, miré un poquito más su busto interesante, y salí otra vez disparado, ahora en dirección al kiosco, al que estaba del otro lado, no de éste.

Por el camino encontré un teléfono público; milagrosamente funcionaba. Siempre llevo tres fichas en un bolsillo de la camisa; cuando gasto una o dos, paso el resto a un bolsillo del pantalón para que me estorbe al caminar y me recuerde reponer las que faltan. Disqué el número de doña Ermelinda Schnapps o como se llame, y a los gritos logré hacerme oír, porque su teléfono andaba mal, o su oído an-

daba mal, aunque la voz no parecía la de una vieja inservible. Logré no sin trabajo una cita para las cinco y media; ella sugirió las cinco, pero a las cinco yo tenía una cita telefónica de negocios con Juana, y debía decirle unas cuantas cosas.

(11)

Juancito Fiore tenía unos treinta años y aspecto agradable. Una melena rubia ensortijada y un aire informal lo hacían parecer mucho más joven. Le dije que deseaba hablar con él, y entonces desapareció de mi vista, y apareció luego asomando al interior del bar por una puertita lateral. Me hizo señas de que entrara, y después me invitó a sentarme a una mesa. Él lo hizo de modo que pudiera vigilar el kiosco, si bien a esa hora no habría mayor movimiento y parecía feliz por tener una excusa para estar fuera de su encierro.

—Buscaba al cronista local de *La Voz* —expliqué—, y la chica de la papelería, ahí enfrente, me dijo dónde podía encontrarlo. Tengo interés en averiguar sobre una persona —agregué—, y tal vez usted me pueda ayudar.

Seguidamente narré el caso, en líneas generales, sin omitir el nombre de Juan Pérez. Mientras tanto, un mozo nos había alcanzado dos pocillos de café; Juancito los había pedido mediante un ademán, sin consultarme.

—Hay un Juan Pérez —dijo, después de pensarlo un poco—. Vive en las afueras, en una quintita. Pero no creo que te sirva; andará por los setenta años, es un milico jubilado y hace algunos años que está ciego.

Moví la cabeza. No era mi Juan Pérez.

—Tal vez no se llame así. Tal vez sea un seudónimo. Incluso tengo motivos para pensar que se trata de una mujer. La edad no es el factor más importante; ése es un cálculo mío y puede estar equivocado. Lo que más me interesa es saber sobre personas con alguna actividad más o menos destacada en cuestiones culturales, siempre rondando la literatura.

El joven soltó una carcajada.

—No hay muchos por aquí —dijo.

—Mejor —respondí—. En Nueva York mi trabajo sería mucho más difícil. ¿Se te ocurre alguien? —Él había comenzado el tuteo con naturalidad, y yo correspondí con bastante agrado; nunca me sentí cómodo en el papel de adulto grave. Y menos aún de anciano grave.

Quedó un rato mirando el vacío, en silencio. Después se levantó y fue a atender a un cliente. Cuando volvió a sentarse a la mesa traía alguna información.

—Hay un viejo farmacéutico. Escribe poemas. Cada tanto junta unos cuantos y los hace imprimir en unos folletitos que distribuye gratis entre los clientes.

Moví la cabeza.

—Los poetas tienen su mundo propio —dije—. Y más cuando son viejos; difícilmente se largarían a escribir una novela, y menos algo como esto. Es mejor que García Márquez —añadí, un poco caprichosamente. El joven silbó.

—También hay una maestra —dijo—. Escribe cuentos para niños. Nunca los publicó, pero los usa con los alumnos. Son esas cosas educativas, niños buenos que reciben su recompensa. —Rió cínicamente.

De pronto entró en un estado de shock. Abrió bien los ojos y quedó como mirando una visión; me di vuelta pensando que había entrado Juana, o al menos la hipertiroidea. Pero no vi a nadie, ni nada especial.

—Hay un tipo —dijo, al fin, lentamente—. Un tipo raro, más o menos de tu edad, que siempre anda solo por ahí, sentado en la plaza, a veces lo ves agachado mirando una plantita, no sé, esas cosas. A veces incluso saca fotos, pero no paisajes ni gente, sino paredes descascaradas, cosas así, ¿viste? No sé si habrá escrito algo, alguna vez, pero tiene el tipo, ¿entendés?

Mientras hablaba, yo iba asintiendo con la cabeza. Me gustaba. Ese tipo raro me gustaba como Juan Pérez; calzaba, en cierto modo, en un borroso bosquejo íntimo que me había formado inconscientemente. Quedaba por explicar, desde luego, la letra femenina, pero un tipo raro, siempre solo...

—Ése puede ser —dije enfáticamente—. Me gusta. Y te felicito por la percepción. ¿Vos no escribís?

Se encogió de hombros.

—Alguna vez traté, pero todo lo que me sale es una mierda. Y después, aquí no tenés a quién mostrárselo.

—¿Por qué no te vas? —pregunté.

Se encogió de hombros otra vez. No sabía. Tenía ganas, pero no sabía cómo hacerlo. Torció hacia abajo un costado de la boca.

—Si se te ocurre algo más, llámame, por favor, al hotel. Y anotá mi número de Montevideo; tal vez un día te decidas a darte una vuelta y explorar posibilidades. Yo soy un pobre gato, pero tengo algunas relaciones. Aunque aquí no se está tan mal —agregué, recordando a Juana—. A lo mejor me quedo un tiempo.

No me dejó pagar el café; el mozo ni siquiera se acercó a cobrarnos. Lo dejé sentado a la mesa, mirando aparentemente hacia el kiosco, pero sin duda queriendo ver otras cosas, dentro de sí.

(12)

Encontré un restaurante, siempre en la avenida aunque no sobre la plaza; ya era hora de comer comida y no sándwiches y otras basuras. El lugar no prometía mucho; unas pocas mesas con manteles de papel —limpios— y sillas ines-

tables, sin espejos ni revestimientos de madera o cañas, sino paredes pintadas a la cal, y un pequeño mostrador; detrás, una parrilla irradiaba un calor infernal. Elegí una mesa próxima a la ventana, lejos del sol y también de la parrilla. Igual hacía mucho calor. El mozo no ganaría nunca un concurso de simpatía, pero era lo suficientemente discreto y correcto para no recordar ahora en él ninguna característica personal. Pedí un churrasco bien jugoso y una ensalada mixta. Mientras esperaba, masticando una galleta dura, comencé a releer la novela de Juan Pérez. Cuando me trajeron el plato me sentía tan apasionado en la lectura como la primera vez. O más aún.

El churrasco era espléndido. Sin darme cuenta, fui asociando esa carne jugosa con la imagen de Juana Pérez, y quizá por primera vez en mi vida tuve una erección mientras paladeaba un bife. Me alegró haber suspendido la terapia, porque se lo habría contado al psicólogo y él me habría hecho una interpretación indigna de la magnificencia del tema.

Satisfecho, me fui al hotel. Le pedí a la señora recepcionista que me despertara a las cuatro y media, y en mi cuarto, como reaseguros obsesivos, acomodé mi despertador y también el reloj pulsera para la misma hora, pero si duermo profundamente nunca los oigo. Retomé la novela. Los ojos se me fueron cerrando. Soñé que Juana Pérez, o una equivalente onírica, intervenía activamente en la novela.

Ésta pasaba a transcurrir en el Far West. Más adelante Juana pasaba a ser Marilyn Monroe, y cantaba «The River of no Return», con un coro de negros que repetían *no return, no return*. Después los negros se ponían a jugar a los dados, y a mi lado estaba mi primo Adolfo, quien sacudía la cabeza con pesar y decía: «Esto no marcha, te digo que no marcha». La frase me angustiaba mucho, y desperté asfixiado, sudando, maldiciéndome por haberme olvidado de encender el ventilador, y escuchando unos golpes en la puerta junto con el sonido del despertador.

—¡Está bien! —grité, y los golpes cesaron.

Apagué la alarma y comencé a arrastrarme por el desierto mientras me perseguía el sonido siniestro de una serpiente de cascabel. Volví a despertarme y antes de apagar la alarma del reloj pulsera, me senté en la cama y procuré averiguar qué estaba pasando. Lentamente comencé a recordar quién era y qué estaba haciendo allí. El reloj marcaba las cinco menos veinte. No tenía ganas de llamar a Juana a las cinco. Encendí el ventilador. Deseaba estar en mi casa, muy lejos de allí. Me arrastré hasta el baño y el agua tibia me fue lavando el sudor. Del techo bajaba calor como una masa pegajosa de alquitrán. Abrí más la canilla, pero siguió fluyendo parsimoniosamente el mismo volumen de agua. Me sequé sólo la cabeza y anduve desnudo por la habitación, dejando un reguero de gotas. Abrí la ventanita. Una

brisa procedente del mismo infierno terminó de secarme. Me vestí torpemente; no podía hacer coincidir los botones con los ojales correctos. Junté todas mis cosas en el bolso y bajé. Golpeé en el mostrador hasta que apareció la mujer.

—Quiero una habitación más fresca —dije, mirándola con ojos criminales—. Algo en la planta baja. —Mi voz era ronca y pausada, siniestra y vengativa.

—Casualmente quedó libre la ocho, señor —dijo. Le temblaban las manos cuando me alcanzó la nueva llave.

—No habrá inconvenientes para recibir visitas en mi habitación, supongo —afirmé, manteniendo el mismo tono y la misma mirada asesina, aunque ahora me sentía mejor. Di por sentada una respuesta favorable, y proseguí—: ¿Me permite el teléfono?

Lo sacó desde abajo del mostrador y lo puso a mi alcance. Se acodó en el mostrador para escuchar la conversación. Mientras discaba el número de Juana, a las cinco en punto, dije por un costado de la boca que era una conversación privada. Me vio discar sólo cuatro dígitos y se alejó, fuera de mi vista, pero imaginé que andaba muy cerca, escuchando. Cuando Juana atendió, intenté bajar la voz a un mínimo audible. No me oía. Subí un poco el volumen. Me oía, pero no muy bien. Me resigné a ser escuchado por todo el mundo.

—¿Puede ser en mi hotel? Bien. ¿A las siete? Bien. Soy el primero, ¿verdad? Bien —no me gusta no ser el primero;

el perfume se arranca, siempre quedan vestigios—. Otra cosa. ¿Podrías ponerte ropa interior? Bien. Mejor negra. Sí. Portaligas también. No importan las medias. No, no, látigo no hace falta. A las siete, entonces.

No pude discernir si la mención del látigo fue un rasgo de humor o si realmente prestaría esos servicios. Hay tipos para todo. Así va el mundo.

Instalé mis cosas en la nueva habitación. Era efectivamente mucho más fresca que la otra, aunque nadie se habría muerto allí de una pulmonía. También tenía un ventilador sobre la mesa de luz. Había actuado por obstinación y no por deseo, pero ahora me alegraba haber llamado a Juana; ahora, en esta habitación, podía volver a desearla. Y quería desearla en serio; con la edad, cada vez interesan menos los orgasmos y más el deseo mismo. Mirar y no tocar. Al menos durante un rato. Cuando el deseo puede ser satisfecho, no hay ningún mal en prolongarlo. Esto no lo dijo William Blake. Lo digo yo ahora.

(13)

Como en aquella ciudad nada queda a más de cinco minutos en auto, me fue fácil, taxi mediante, encontrarme frente a la señora, o señorita Schloss, o Blitz, exactamente a las

cinco y media. Esperaba no ser considerado demasiado informal por presentarme sin saco y con las mangas de la camisa subidas encima del codo, pero había resuelto dejar el saco. El tiempo se ponía cada vez más caluroso.

Ella era una dulce viejecita coqueta. Tenía cabellos grises y una mirada benigna. Llevaba el pelo cuidadosamente partido en dos mitades, recogido detrás en un moño. Para mi sorpresa, no vestía ropas negras; llevaba una blusa blanca y una pollera floreada. Necesitaba lentes, pero no se los había puesto. Me recibió con gran amabilidad y me hizo sentar en un sillón, introducido al país por Hernandarias junto con la ganadería, y me ofreció una taza de té. Me negué firmemente.

—No, señorita Shnagg; no se moleste. He tomado mucho café —respondí.

Ya había resuelto, apenas la vi, rechazar cualquier bebida; esas viejecitas tan angelicales suelen tener arsénico en el botiquín.

—¿Una copita de licor? —insistió.

—Nada, muchas gracias —respondí, y noté que se disgustaba. Eso no convenía a mis fines; me pareció oportuno explicarle que jamás había podido probar el alcohol porque sufrí en carne propia la desgracia de tener un dipsómano en la familia, mi propio padre—. Cuando volvía borracho a casa... —estaba diciendo, pero la vi entristecerse demasia-

do, e hice un gesto de indiferencia—. Usted sabe cómo son estas cosas. En todo caso, le aceptaría un vasito de agua.

En el agua podría detectar cualquier sabor extraño.

Salió, y volvió enseguida con un vaso largo sobre un platito. Se sentó frente a mí, toda oídos, y le fui contando sobre mi investigación con suficiente detalle, incluyendo la eventualidad de que Juan Pérez fuera un seudónimo, y aun una mujer. ¿Podría ella remontarse hacia la década de los sesenta?

Era una mujer inteligente y sensible, y probablemente no tendría muchas ocasiones de hablar con alguien que la escuchara y la comprendiera. Habló y habló, remontándose a los años sesenta, cincuenta, cuarenta. Me invadió un estado similar al coma, e intenté salir de él haciendo un inventario de la sala, sobrecargada de objetos; el mayor era un piano, el menor una hormiga que me recorría el brazo. La miraba fascinado, esperando que me picara, sin fuerzas para sacudírmela.

Navegaba en un bote a pedales, por un lago sereno como un plato de sopa. Alguien tocaba la mandolina, y allá en el cielo se deslizaban lentamente, muy lentamente; nubes blancas como algodón. Nunca supe cómo aparecieron el pigmeo y los guantes de goma rojos. Había silencio. La señorita Screem tenía lágrimas en los ojos. Yo también, aunque seguramente no por los mismos motivos.

—Eran otros tiempos —dije con simpatía, ahogando un bostezo. Disimuladamente, miré la hora. Las siete menos cuarto.

Me levanté de un salto.

—¿Puedo volver a molestarla mañana? —pregunté, porque no había recogido nada útil a mis fines—. Usted me ha hecho perder la noción del tiempo.

Le sugerí que diera conferencias, para que los jóvenes de hoy, corrompidos por la droga y el sexo, alcanzaran una luz de esperanza. Valores, señorita Schloss; estamos perdiendo valores. Pero no podía quedarme un instante más; me estaban esperando en el canal desde hacía quince minutos, para grabar una entrevista, y no quería desairarlos. Le tomé las manos y se las sacudí tiernamente. Ella sonrió embelesada.

—Lo espero mañana, joven. A la misma hora —dijo conmovida.

—Trataré de no olvidar la bolsa de maníes —se me ocurrió decir; pero no lo dije.

Salí disparado, inútilmente porque no sabía muy bien qué rumbo tomar. Ni pensar en un taxi, como no fuera en la plaza o merced a un regalo del cielo. «¡Mierda, mierda, mierda!», me repetía interiormente mientras avanzaba a paso firme, quién sabe hacia dónde.

Después de todo, los penurienses eran amables. Cuando llegué desesperado a las siete y cuarto, la patrona o dependiente de lentes me esperaba acodada al mostrador. No me alcanzó la llave.

—Tiene una visita —dijo, con un tono perfectamente neutro, sin sonreír ni censurar—. La hice pasar a su habitación.

No le tiré un beso, pero le sonreí desde el fondo del alma y, aunque apurado, me detuve a decirle gracias.

Juana llevaba su tapado lila, sentada muy formal en una silla.

—Me perdí —le dije—. Me perdí como un imbécil. Perdoná la demora.

Sonrió sin decir nada y se levantó, se quitó el tapado, y lo colocó con esmero sobre el respaldo. Tenía ropa interior negra, incluyendo portaliqas, y unas medias negras caladas con dibujos de flores o patitos. El olor de su perfume llenó la pieza. Siempre callada, se sacudió los zapatos de los pies y se echó graciosamente sobre la cama, de costado. El busto desbordaba por arriba y por los costados del sostén. Y había mucho más para mirar. Me saqué la camisa y arrimé otra silla. Me senté en la silla. Seguí mirando.

Buscó bajo la almohada algo escondido, y me lo tiró a las manos. Era un pequeño látigo negro, con varias colas negras.

—Si querés, pegame —dijo mimosamente—. Pero muy despacito.

Tengo un extremo pudor ante ciertos temas, al punto de que, cuando veo un vídeo porno, prefiero pasar a gran velocidad por las partes clínicas o fisiológicas, oprimiendo la tecla **forward**; lo que busco es la belleza y la gracia de los cuerpos femeninos, que elevan el espíritu. Y aunque la crítica haya señalado injustamente una influencia de la pornografía en mi literatura, no me gusta pormenorizar esos detalles que cualquiera puede imaginar; el viejo tema no tiene tantas variantes posibles.

Me limitaré entonces a confesar que lo de Juana fue una notable experiencia terapéutica, muy superior incluso a la de hacía veinticuatro horas. Ella se superó a sí misma y desplegó su arte con verdadera maestría, atenta a los ritmos y a los matices, a las sugerencias y a los efectismos. Una mezcla de Hitchcock, Debussy, Joyce y Velázquez, y todo eso en un tiempo récord: treinta y cinco minutos. Mi retraso, y el hecho de estar en mi hotel y no en lo del Turco, no le permitían concederme más sin alterar su cronograma. Pero esos treinta y cinco minutos fueron en cualquier caso equiparables a la eternidad.

Cuando se fue, quedé un rato tirado en la cama, y esta vez no me dormí; quizá por la previsoras siesta, o bien porque estaría respondiendo mejor al enténamiento. El hambre empezó a imponerse al cansancio, y no me resultó demasiado penoso levantarme y vestirme para salir a comer.

Al dejar la llave en la recepción, noté sorprendido que la empleada nocturna, idéntica al indio Patoruzú, era un hombre. O al menos así me impresionaba ahora. Le di conversación, mientras lo/la estudiaba disimuladamente. Usaba pantalón y camisa masculinos, y el pecho era liso. Tal vez la primera impresión que me había producido se debiera a los cabellos largos, sueltos, y a una cierta dulzura en su mirada apenas estrábica. Comenté que era un día caluroso. Me respondió con una voz aceptablemente masculina que era sin duda un día caluroso. Quedó definido como varón. Me pregunté si no sería Juan Pérez.

—Estoy aquí haciendo un trabajo para la Editorial El Abrojo —le dije, en tono confidencial—. Recibieron una novela que les interesa publicar, pero el autor olvidó poner el remitente. ¿Usted no conoce a algún Juan Pérez?

Lo pensó durante un minuto entero, y después sacudió la cabeza, negando.

—Hay una Juana Pérez —dijo luego, y no advertí ningún dejo de sorna en su tono, aunque debería haberla visto salir, y la gorda, quizá su esposa, debió forzosamente ha-

berle contado mi asunto—. Pero Juan Pérez, no conozco.

Saludé elevando dos dedos hasta mi sien, y partí rumbo al restaurante. Era notable cómo había cambiado Penurias en tan poco rato. Habían afirmado las veredas y asfaltado las calles, los pájaros cantaban quintetos de Mozart aunque ya dominaba por completo la oscuridad, y los peatones se habían vuelto amables y cordiales. Me sonreían tiernamente al pasar. Los perros meneaban la cola y los elefantes se quitaban el sombrero y me hacían reverencias. El cielo estaba surcado por fuegos artificiales y por un enorme arco iris brillante; al pie de un extremo, un grupo de enanitos de Walt Disney enterraba apresuradamente una olla repleta de monedas de oro. El aire era puro y fresco. La vida era hermosa.

(15)

Fui al mismo restaurante del mediodía y pedí lo mismo, con idéntico resultado satisfactorio. Luego añadí torta de chocolate helada, que tenía encima chorretes de crema y algunas frutillas; normalmente no puedo comer tales cosas, pero esa noche podría digerir la muralla china. Como decía Freud, no hay nada como el sexo. Aunque tal vez no lo dijo.

Para que la noche fuera perfecta, no quise tomar café en

el restaurante; dirigí mis pasos hacia la calle Lavalleja. Fue un error, pero cuando lo advertí era tarde. Piolín estaba sentado a una mesa justo frente a la puerta, y una vez puesto un pie adentro no podía hacerme el distraído y dar marcha atrás. Parecía que me estuviera esperando. Lo saludé con una mueca y fui a sentarme frente a él.

—¿Todavía por acá? —pregunté—. Te imaginaba lejos. Muy lejos.

—Esos pelotudos —murmuró, rabioso—. Duermen la siesta. ¡La siesta! Todos los boliches cerrados hasta las cinco. Me atrasé una barbaridad, y ahora tengo que pasar la noche en el hotel. No me gusta manejar de noche. Pero mañana me voy temprano.

Esperaba que le hubieran dado aquella habitación infernal abandonada por mí. Maldije la ley de compensaciones. Todo aquello que sube debe inexorablemente bajar. ¿Ley de compensaciones o entropía? Dale tiempo al mundo, y toda Juana se transformará en un Piolín. ¿Qué estaba haciendo yo ahí, sentado frente a ese energúmeno, charlando estupideces? Pedí un café.

Poco a poco se empezó a sumar otra incomodidad, aunque demoré un rato en identificarla; cuando me di cuenta, me sentí al borde de la apoplejía. Era el perfume de Juana. Todo el tiempo me había estado llegando suavemente al olfato, desde mi piel; ahora parecía haber aumentado no-

tablemente su intensidad. Ese perro maldito. Había estado con ella.

Calculé el tiempo. Yo había sido el primero, de siete a ocho. Ahora eran las nueve y media. A Piolín Troncoso le había tocado el turno siguiente. Intenté confirmarlo por vías indirectas.

—¿Cenaste? —pregunté.

—Sí, gracias —respondió, como si fuera una invitación y no una simple pregunta tramposa. Y no añadió más nada.

—Yo también. Hay un restaurante, no muy lejos. Tiene una carne asada estupenda.

—Yo comí unos frankfurters en el bar de la plaza —dijo él.

Claro; una cena rápida. Entre ocho y nueve, Juana; entre nueve y nueve y veinte, frankfurters. Perfecto. Decidí matarlo.

Si bien no ignoraba que en ese mismo momento Juana se estaría sacudiendo encima, o abajo, de algún otro viejo inmundo, eso podía mantenerlo apartado de mis pensamientos. No me gustaba, pero tampoco me parecía adecuado ponerme a pensar en ello. Podía hacer la vista gorda ante rostros y sexos anónimos; pero que este cerdo ladrón, al que ahora le estaba mirando esa cara rubicunda y satisfecha, hubiera gozado los favores de mi mujer... Está bien, no era mi mujer. Pero era mía, era mi espacio terapéutico, mi

felicidad, mi todo, y este imbécil me había robado lápices de colores, lapiceras y gomas, y ahora me robaba la terapia, me echaba a las narices los chorros del perfume de Juana adherido a su grasienta piel porcina.

Debía matarlo, o por lo menos pincharle los neumáticos de la camioneta. Orinar sobre sus alfajores. Desgastarle el cable del freno. Respiré profundamente para contener el odio y no encajarle una trompada en la jeta; fue peor, porque el perfume me llegó más adentro. Un perfume manoseado, ajado, corrompido por las inmundas secreciones de este sapo hinchado, canalla, solipsista. Intenté serenarme. Recordé a mi perro Fisgón. Cuando entraba en la época del celo atacaba a todos los machos, incluso a mí.

Yo había entrado en el celo. Mis reacciones eran muy primarias. Traté de sentirme como un ser humano, producto de una evolución y una civilización milenarias. Me impuse tratar cualquier tema. Comencé a contarle sobre mi investigación. Pero era inútil; seguía bullendo de odio. Tenía que matarlo.

—Piolín —dije, desde el fondo de mi alma.

—Yo sé quién escribió esa novela —interrumpió él, ajeno a su negro futuro inmediato. Un ferrocarril estaba por atropellarlo. No le presté atención.

—Vos no sabés nada, Piolin —le dije—. Vos buscabas un hombre de confianza para tu negocio, pero yo soy el hom-

bre que no te tiene confianza a vos. ¿Te acordás, Piolin, cuando venías a sentarte en mi banco? Yo en la escuela siempre tenía miedo. Me daba miedo la maestra bigotuda, con voz de hombre y los brazos peludos, y me daban miedo los niños más grandes, y no sabía qué estaba haciendo allí, durante horas y horas, entre tantos desconocidos que olían a una mezcla de bosta y leche cortada. Y vos venías, rubio y sonriente, como un ángel, y yo sentía que me iluminaba un rayo de luz. Me hacía bien. Me sentía apreciado. Me sentía seguro. Pero después te ibas, al ratito te ibas, y a mí me faltaban útiles. Eras un ladrón, Piolín. Sos un ladrón. Me robaste los lápices, pero también me robaste la confianza, la confianza en el mundo, la confianza en mí mismo. Yo no valía nada. Se acercaban a mí para robarme.

Me escuchaba en silencio, con la mirada cada vez más vidriosa. Estaba llorando hacia adentro. No se defendía.

—Tus alfajores son una mierda, Troncoso. Llevan el mismo veneno que tenés en el alma. La gente los come y se enferma.

»¿Por qué me robabas los lápices, Troncoso? Si los necesitabas, ¿por qué no los pedías? Mi madre hacía donaciones a la escuela. Te hubiera comprado lo que quisieras. Pero no; tenías que robar porque sos un hijo del diablo, porque tu misión es envenenar al mundo, sembrar cizaña, desconfianza, desesperanza.

Ahora lloraba hacia afuera, francamente, agarrándose la cabeza. Si tenía un átomo de sensibilidad, se colgaría del duchero con el cinturón esa misma noche en el hotel.

—Imagino la vida que darás a tu familia —proseguí, implacable—. ¿Qué auténtica ternura podrás darle a tus hijos? Crecerán torcidos, como vos; serán drogadictos y ladrones. Y en estas giras por el interior, «porque el empleado está enfermo», le metes cuernos a tu mujer con prostitutas baratas...

—¡No! —aulló—. ¡Eso no! ¡Soy fiel, te juro que soy fiel!

Eso me calmó. Le creí, porque no había negado nada de lo que yo sabía cierto. Pude entonces ver al patrón, doblado en dos sobre el mostrador, intentando no perder detalle de aquella ruptura entre homosexuales. Me levanté, tiré sobre la mesa un billete excesivo, le di a Troncoso una patada en un tobillo y le dije «Adiós, Troncoso. Espero no volver a verte». Piolín estaba muerto y enterrado. Ahora era simplemente Troncoso, el de los alfajores. Eché algunas paladas de tierra sobre su sepultura y después le caminé por arriba, apisonando bien.

Las calles habían vuelto a ser las de antes. Y la torta helada me estaba cayendo como un plomo.

(16)

Esa noche tuve sueños confusos, y después sólo pude recordarlos muy vagamente; tenían relación con unos hombricitos metálicos subiendo, o bajando, por una cinta metálica retorcida, y con unos marineros borrachos haciendo escándalo en una azotea. También esa mañana desperté con una erección, pero ya no era agradable; alguien había estado entretenido toda la noche machacándome los testículos con un mortero. ¿Estaría excediéndome en los esfuerzos con Juana? ¿O con la frecuencia? ¿O sería un cáncer? El cáncer me trajo a la memoria el sida; no se me había ocurrido tomar ninguna precaución, a pesar de la intensa campaña publicitaria que había en el mundo, con preservativos bonachones tomados de la mano y bailando rondas en torno a un horrible bicho —el virus— muerto de soledad y aburrimiento. Probablemente ya tenía los primeros síntomas. Debería apresurarme a ordenar mis papeles y quemar las varias bolsas de correspondencia acumulada, para que a mi muerte los críticos y ratones de biblioteca no explotaran mis intimidades.

Maldita Juana, con su sonrisita bondadosa, sus carnes opulentas, su perfume, sus... la erección se hizo más intensa, y el dolor más agudo. Procuré desviar mis pensamientos hacia la investigación. Juan Pérez. Debía hacer algo; estaba

empantanado. Pero esa tarde vería nuevamente a la anciana profesora. Y después debería preguntarle a Juana si ella no había escrito una novela. Pero esa noche no vería a Juana. Debía permitirme un descanso. Olvidar un tiempo sus piernas bien torneadas, sus... auch. Respirar hondo. Cambiar el tema. Levantarse. Desprezarse. Ducharse. Secarse. Vestirse. Salir.

Seguí en la cama un rato más. Descubrí que si me apretaba los testículos con una mano, el dolor desaparecía y podía permitirme evocar a Juana libremente. En todo caso, esa noche la invitaría tomar un café, tal vez en mi pieza. Le pagaría lo mismo; me gustaba la idea de tenerla cerca aunque no utilizara sus servicios profesionales. Hablaríamos de la novela. Y tal vez no me haría ningún daño si echaba un breve vistazo a sus ropitas negras. El látigo no; esas cosas no me gustan, y sería peligroso alentar a Juana en esa dirección. Probablemente tuviera infinidad de elementos perversos, y podía verme atrapado en una progresiva red de adminículos, aparatos electrónicos, focas amaestradas, enanos gimnastas y gaiteros escoceses para conseguir una erección. No señor; las cosas al derecho, como deben ser.

Cuando llegué por fin al mostrador del hotel a dejar la llave, no pude evitar sentir curiosidad por Troncoso. Le pregunté a la gorda y me dijo que se había ido temprano en la madrugada, aparentemente sin ahorcarse.

Haciéndome fuerte ante la mala imagen que debía tener a esa altura de los acontecimientos, fui a tomar el desayuno al mismo bar. Continué leyendo la novela mientras comía, pero estaba un poco con la cabeza en las nubes y mi mente no registraba los mensajes de la vista. El clima atmosférico seguía pesado, preparando una tormenta. El dolor volvía periódicamente, y en esos momentos decidía olvidar a Juana unos días, y como consecuencia pasaba a preguntarme qué estaba yo haciendo allí, y no en mi casa, escribiendo una novela o no haciendo nada, porque no hacer nada en casa a veces me gusta. Pero extrañaba mi máquina de escribir, mis libros, mis amigos, la ciudad misma. Aunque, cuando estaba allí, todo eso me tenía sin cuidado.

«Sos un fracaso», dijo la voz interior que a menudo me fastidia con estas cosas. Según mi psicólogo, se trata del superyó. «En cuarenta y ocho horas no has logrado averiguar nada útil. Te enredaste con una prostituta y te dejaste marear por una vieja. Todo está mal. Tu deber es hacer algo bien, aunque sea una vez en la vida.»

«¿Por ejemplo?», pregunté, sabiendo que el superyó es un engendro ineficaz y sólo sirve para criticar.

«Por ejemplo, poner ese aviso.»

«Y esperar hasta el martes o miércoles, para ver si hay alguna respuesta.»

«Algo es algo», insistió la voz.

«Te vas a la mierda», repliqué, pero me quedé pensando.

Salí a dar vueltas, rondando un poco la papelería donde se ponían los avisos, pero no lograba decidirme; yo mismo me había dado plazo hasta el viernes, y recién era jueves; ese estúpido superyó podía quedarse callado y no meterse en mis asuntos.

¿Qué otra cosa podía hacer? Repasé mi fichero mental, y no encontré nada. Hasta las cinco y media, hora de visitar a la señorita Schloss, no tenía nada que hacer, salvo andar por ahí, sentarme por allá, comer alguna cosita cada tanto para mantener un buen nivel de azúcar en la sangre, y preguntarme continuamente por qué mierda me había metido en ese asunto, qué mierda estaba haciendo allí.

(17)

Compré cigarrillos en un kiosco —dos cajillas— y una ficha de teléfono. Puse esa ficha en el bolsillo de la camisa, y le añadí las otras dos que llevaba en el pantalón. Momentáneamente, conservé en la mano izquierda las dos cajillas. Quise comprar también un cortaúñas, pues el tiempo pasa y mi cortaúñas estaba en Montevideo. No tenían cortaúñas. Tampoco en el otro kiosco. Al fin conseguí uno en la farmacia, y el lugar me inspiró y aproveché a comprar tam-

bién una docena de preservativos, cantidad excesiva denunciada inmediatamente por el superyó. Seguí dando vueltas, cambiando siempre de lugar las dos cajillas; no lograba ubicarlas donde no me molestaran; había suprimido el saco y ahora acusaba un importante déficit de bolsillos. Solucioné el problema colocando las cajillas en el sobre de la novela.

Después fui a almorzar. El superyó me impuso severas restricciones; me hizo notar el dinero disponible, que disminuía inexorablemente, y me arruinó el apetito. Comí una milanesa al pan y nada más. No pedí café. Rumbo al hotel, entré a una panadería y compré fiambre y dos medialunas grandes; comprobé que en el bar me cobraban, las mismas cosas, cuatro veces más.

Los Tres Chiflados nunca me habían hecho mucha gracia, y mucha menos me hizo, esa tarde, protagonizar yo solo en mi habitación un largometraje de ese estilo. Empecé metiéndome un dedo en el ojo al intentar sacar una basurita del cristal de los lentes. No tenía lentes puestos. Empujé demasiado la puerta del baño, y rebotó en una protección adosada al piso para impedir que golpeará el lavatorio, y al entrar me estrellé contra ella. Me agujereé la camisa con el cigarrillo mientras, acostado, procuraba retomar la novela. La cama comenzó a adquirir una humedad progresiva y ésta se trasladó a mis piernas. Había una rítmi-

ca serie de gotas que bajaban por el cable de la desgraciada lamparita central. Me puse los pantalones y fui a quejarme. Mientras el indio intentaba arreglar las cosas allá arriba, corrí la cama y puse un balde bajo la gotera; resultó una música insufrible.

Resolví darme una ducha, pero al parecer habían cortado el agua mientras arreglaban el desperfecto. Cuando volvía hacia la cama, sin querer le di una patada al balde y se volcó; fui hasta el baño y traje un sucio trapo para intentar volver a meter el agua en el balde, y después no pude lavarme las manos porque seguía faltando agua en las canillas. Omito otros incidentes que he olvidado o prefiero no recordar.

A las cinco menos diez volví a ponerme los pantalones, y fui hasta el ropero a buscar el papel con el número de Juana; metí la mano en el bolsillo del saco y la saqué embadurnada por una sustancia pegajosa, y llena de hormigas.

Esas tristes secuencias no se me dan muy a menudo, pero tampoco me resultan desconocidas, y los años me han enseñado a adoptar una prudente resignación. Los dioses estaban enojados, y era inútil oponerse a sus designios. Pero las hormigas ya eran demasiado.

Por unos instantes no pude hacer otra cosa que mirarme la mano, fascinado, y temí que en la escena siguiente apareciera la navaja cortando un ojo. Después me sacudí violentamente las hormigas y despegué una a una las que habían

quedado adheridas a la sustancia pegajosa, una masa de caramelos medio derretidos y pegoteados entre sí. Maldije a la hipertiroidea que me los había dado como vuelto. Volvió ruidosamente el agua a las canillas y pude lavarme las manos y limpiar un poco el bolsillo con el mismo trapo.

Por algún motivo que desconozco, las hormigas siempre me atrajeron profundamente; en aquel momento no me fue posible resistir la tentación de estudiarlas. Era una columna doble, muy ordenada. Subía y bajaba por mi saco; venían desde el caño horizontal que sostenía las perchas y llegaban al saco siguiendo el alambre de la percha. La fila entraba y salía del ropero a través de un minúsculo agujero en su tapa posterior; seguí la pista hasta el piso. Las hormigas lo recorrían pegadas al zócalo, y desaparecían por un orificio ubicado bajo la ventana. Me asomé a la ventana, que daba a un patiecito cubierto con una claraboya, y no las vi en la pared exterior pero las pude divisar un poco más lejos, marchando hacia una planta exuberante; allí se me perdieron. Eran las cinco y cuarto cuando recordé a Juana.

El papel con su número estaba en el bolsillo izquierdo, afortunadamente limpio. Fui hasta la recepción y pedí el teléfono. Disqué nerviosamente. Me atendió una voz infantil que musitaba incoherencias. Colgué y volví a discar. Me atendió la misma voz infantil, pero le arrebataron el tubo y escuché aliviado la voz de Juana.

El alivio me duró poco. Yo no era el primero. El turno de las siete estaba ocupado. También el de las ocho. Recién podía venir a las nueve. Me negué, sintiendo un retorcimiento íntimo. Le pregunté si podía anotarme para mañana, viernes, a las siete. Dijo que sí. Colgué y volví a mi cuarto. Me senté en una silla y me puse a llorar.

(18)

Seguí llorando hasta que recordé súbitamente la cita. Se me hacía tarde. Corrí hasta el baño para lavarme la cara y los ojos y sonarme la nariz con papel higiénico, y cuando me vi en el espejo los ojos enrojecidos y la nariz hinchada me dio un ataque de risa, pero serio. Evidentemente necesitaba descargar la histeria. Me doblaba al medio, me daba tos, las lágrimas volvían a correrme por la cara. Procuré serenarme imaginando a la anciana profesora, sin duda esperándome nerviosa, y por algún motivo esa imagen me hizo redoblar las risas. No sabía cómo salir de ese estado, y algo me advertía de que ese camino podía desembocar rápidamente en la locura, pero otro algo me decía que necesitaba desagotar toda la angustia si quería sentirme mejor. Para el caso daba lo mismo reír o llorar, y al parecer la risa era más eficaz, un proceso más rápido, y también más divertido. Me eché boca

abajo en la cama, siempre riendo. Poco a poco fui recobrando la tranquilidad. Volví a lavarme la cara, pero no me quise mirar al espejo. Tosí, escupí, me soné la nariz, me peiné de memoria y salí hacia la plaza. Tomé un taxi y llegué a las seis; media hora tarde.

No me trató severamente, pero se le notaba preocupación. Le pedí disculpas; el calor y el cansancio me habían hecho dormir en exceso. Cuando estuve sentado me trajo el vaso de agua, como si fuera un rito instaurado siglos atrás. Se sentó, me miró con serenidad a los ojos, y sentenció:

—Usted estuvo llorando.

Temí que empezara otra vez la risa histérica. Torcí la boca y confesé que, en efecto, había estado llorando.

—Mi esposa me abandonó hace unos meses —dije, intentando sentir una honda autocompasión—. Huyó con un traficante búlgaro, a Venezuela. A veces la extraño.

Dos lágrimas me humedecieron las mejillas. Los hechos esenciales eran ciertos, pero los había adornado un poco; a la gente le gustan los detalles exóticos. El hombre no era traficante, sino químico; no era búlgaro, sino apenas vulgar; no estaban viviendo en Venezuela, sino en Montevideo. Tampoco mi mujer me había exactamente abandonado, ni había huido; fue una separación largamente discutida, y acordada por ambos.

La anciana comenzó a hablar suavemente, generalidades y máximas cuyo objeto era disipar mi angustia, y después se fue resbalando hacia sus viejos temas, bajando desde la década del cuarenta a del treinta, y desde allí a la del veinte. Me hizo un lavado de cerebro completo, y después chapa y pintura. Quedé manso como un cordero. Logré incorporar me penosamente a las siete y media, sin recordar las razones que me habían llevado allí. Pero ella no las había olvidado.

—Ayer me quedé pensando en usted —dijo—, y le preparé una listita.

Me alcanzó un papel.

—Mis mejores alumnos —dijo—. Cualquiera de ellos tenía el talento suficiente para escribir una buena novela.

—¿Usted sabe dónde puedo encontrarlos? —pregunté.

—Bueno... —Pensó un poco—. En realidad, Luis murió hace pocos años, en un accidente.

Taché a Luis de la lista.

—Laura está en Brasil desde hace mucho tiempo. Todos los años me envía una postal.

Taché a Laura.

—Gonzalo vive en Montevideo. Es abogado de empresas.

Taché a Gonzalo.

—María sigue en Penurias. Tiene teléfono, y está en la guía.

Hice una cruz (indicando interés) junto al nombre de María López.

—Y Eduardito también vive acá. Tiene un taller de reparaciones de calzados. Está en la guía.

Una cruz para Eduardo Rodríguez, y añadí: «Zapatero».

Después tuve que tachar dos o tres nombres más. Pero algo era algo. Me gustaba particularmente María López; era un buen equivalente femenino de Juan Pérez. Si yo me llamara María López y quisiera elegir un seudónimo masculino, pensaría en Juan Pérez.

Agradecí efusivamente a la anciana, y cuando ya alcanzaba la puerta se me acercó y me dejó un beso en la frente.

—Dios lo bendiga, joven —dijo.

En la calle advertí que la bendición había surtido efecto. Me sentía bien. Muy bien.

(19)

Los dioses seguían enojados. Al cruzar la plaza, sin ningún aviso previo comenzaron a descargar baldes y baldes de agua sobre mi cabeza. La tormenta laboriosamente preparada estallaba ahora con furia. Era inútil buscar refugio en algún portal; ya estaba empapado, y lo mejor era caminar a toda la velocidad que me permitieran las viejas piernas.

Desde luego, apenas puse un pie en el vestíbulo del hotel, la lluvia cesó. Nadie más en Penurias, lo supe íntimamente, se había mojado; nadie se había enterado siquiera del intenso chaparrón. Me maravilló que una nube no me siguiera hasta la pieza, como a la Pantera Rosa. Me sequé la cabeza, me cambié la camisa y los pantalones. Me alegró haber puesto en el bolso pantalones de repuesto hechos un rollito. No estaban muy planchados, pero al menos estaban secos.

En el mostrador, pedí prestada al indio la guía telefónica. De allí copié la dirección y el teléfono del zapatero y de la tal María López. No quise molestar al zapatero en su casa; lo vería al día siguiente en el taller. Llamé a María. Me atendió ella misma. Tenía una voz clara y enérgica; demasiado enérgica para mi gusto.

Mi idea era resolver la cuestión por teléfono; quería evitarme más conversaciones tediosas e inconducentes. Pero apenas mencioné Ediciones El Abrojo, no me dejó continuar; quería verme ahora mismo. Debí sospechar, pero en demasiados aspectos sigo siendo muy ingenuo. Un verdadero infeliz.

Me dirigí entonces a su casa. Como no tenía urgencia, fui caminando. No pensé que los dioses repitieran su gracia, pero lo hicieron cuando me faltaba recorrer un buen trecho; soltaron otro chaparrón, y llegué empapado donde la señora o señorita López.

—¡Qué horrible! —chilló al verme, y salió disparada hacia adentro, mientras yo esperaba, chorreando agua sobre las baldosas de un diminuto vestíbulo. He tenido peores recibimientos, pero no los recuerdo.

Volvió trayendo dos toallones blancos y unos chanclos tres números más chicos que mis pies.

—Sáquese la ropa —ordenó—. En un rato estará seca.

Me dio la espalda mientras yo me sacaba la camisa y los pantalones y me envolvía en esos enormes trozos de tela esponjosa, uno echado sobre los hombros, el otro ceñido a la cintura. Se dio vuelta sin avisar, pero no llegó a ver nada interesante. Era una mujerona imponente, de mediana edad. Tenía cabellos castaños bien estirados y apretados en un moño que le provocaría jaquecas y un malhumor permanente; y una mandíbula militar y dientes y caderas de yegua. Estaba un poco excedida de peso, aunque la estructura ósea lo disimulaba. Llevaba el busto bien ceñido, volcado hacia adelante y hacia arriba, y lo manejaba agresivamente, para acorralar.

Cuando averigüé que ella no era Juan Pérez quise rescatar la ropa e irme, pero ella me dirigió con el busto otra vez hacia mi asiento. Era un sillón cómodo. Era una casa cómoda, muy bien puesta. No me imaginaba cuál sería la fuente de ingresos de María, pero sospeché que esa fuente era un marido, quizá la pensión de un marido divorciado y

con mucho dinero. Todo lo que veían mis ojos, excepto la propia María, era nuevo, lustroso, recién comprado. La sala estaba llena de pequeños objetos relucientes sin ninguna utilidad imaginable, práctica o estética.

—Quiero mostrarle algo —dijo, pero no se abrió la blusa como yo temía. Abrió en cambio el cajón de un precioso *secretaire* y extrajo una carpeta y me la alcanzó. En su interior encontré papeles mecanografiados. Un buen paquete. Poemas. De ella.

—Nuestra editorial no publica poesía, señora —dije, atajándome. No logré desilusionarla.

—No importa —dijo—. Me interesa su opinión. En esta ciudad... —Hizo un ademán, un manotazo; borraba Penurias del mapa.

—No soy bueno para estas cosas, señora...

—María —corrigió.

—No soy bueno para estas cosas, María. La poesía...

—No importa, no importa. —Estaba ansiosa, impaciente—. Usted es un hombre sensible. Deme su opinión sincera.

Me vi obligado a leer. El azul inmarcesible del cielo. Mucha elevación; algo siempre se elevaba y se elevaba. La inmensidad. La vastedad. Y arriba, y arriba, y arriba iré. Sin duda la dama no llegaría con facilidad al orgasmo.

—Está bien —dije, al fin. Había logrado saltarme algunos cientos de versos—. Revelan una fina sensibilidad, una elevada espiritualidad. Y —añadí malignamente—, hay también erotismo; un erotismo sublimado, si se quiere, pero...

Cayó rendida a mis pies. Me miró con verdadera devoción, y volvió a abrir el cajoncito y sacó una carpeta, por fortuna más liviana.

—Esto —dijo solemnemente—, no podría mostrárselo a nadie más.

Era la poesía erótica propiamente dicha; más bien una sucia pornografía apenas encubierta tras groseras metáforas. En un determinado momento de la lectura me sentí como si tuviera encima un robusto ballenero ruso, destilando sudor y olor a pescado. Jadeos y susurros, salpicaduras de sustancias innobles, más sudor y cuerpos engrasados. Me percibí a mí mismo leyendo esa basura, mi cuerpo envuelto en toallones, en la casa desconocida de una ciudad perdida en el mapa, y me pregunté una vez más qué estaba haciendo allí. Me levanté, pensando buscar mi ropa.

Cometí un error: separé un poco las piernas. Sorpresivamente ella estiró un brazo y cerró una mano metálica alrededor de mis genitales; y bien agarrada, tironeó para incorporarse y se me acercó, prepoteándose con el busto y poniendo los labios en trompa. Di un aullido lastimero y mi

brazo derecho, con la mano medio cerrada, moviéndose espontáneamente le encajó un directo al prominente mentón; algo entre trompada y bofetada.

Me soltó y cayó despatarrada sobre el sillón. Me moví a toda velocidad. Encontré mis ropas, igual de húmedas, colgadas en el baño. Me vestí, volví a la sala y tomé el sobre con la novela, que había dejado sobre una mesa ratona. Ella seguía despatarrada en el sillón; tenía los ojos abiertos pero parecía no ver, y movía lentamente la cabeza a uno y otro lado.

—Discúlpeme —dije—, pero tengo un tumor, probablemente maligno, en el testículo izquierdo. Me operan la semana próxima. Ya soy prácticamente un eunuco. ¿Se siente bien?

Estuvo casi un minuto sin contestar. Después, con voz pastosa, murmuró: «Creo que sí». Se levantó, y me acompañó porque sin duda deseaba comprobar que no me quedaba escondido por el camino, y llenar todo de cerrojos y poner un ropero contra la puerta apenas yo pusiera un pie sobre la vereda. Salí, me di vuelta, dije «Adiós», y ella siguió parada en el vestíbulo sin variar su expresión vacía ni decir una palabra. Cerré la puerta. Al echar a andar, descubrí alborozado que ya no sentía ningún dolor; por un desconocido mecanismo, aquellas tenazas en los genitales me habían sanado. Curiosa terapéutica.

Siempre en plan de ahorro cené una basura económica, pero lo mismo debí cambiar el segundo billete de cien; segundo y último. Tuve una clara sensación de fracaso. No había agotado todos mis recursos, pero me quedaba muy poca cosa que hacer: la visita al zapatero, el aviso en el diario, y después sentarme a esperar. Vacaciones. Aburrimiento. Leer: debía conseguir algún libro; alguien en Penurias, aunque fuera por error, debería tener algún libro. Lo ideal sería una buena novela policial, pero era tanta mi avidez que habría leído igualmente el Pentateuco; incluso en su versión original.

No obstante el plan de ahorro fui a la calle Lavalleja a tomar café. Mientras lo bebía, me llegó una punzada desde el inconsciente: estaba olvidando algo. Algo importante, relativo a la investigación. Una pista, un cabo suelto. El zapatero, el aviso, y algo más. Pero las peripecias pasadas habían borrado ese dato como si fueran un virus electrónico. «Ya surgirá», pensé. «Hay tiempo. Demasiado tiempo sin hacer nada.» Sin embargo me fui a dormir arrastrando esa incómoda sensación de haber sido despojado.

No fue fácil conciliar el sueño. La lluvia, destinada exclusivamente a fastidiarme, no había conseguido ninguna

variación del clima pesado, tormentoso. Me había faltado el sano ejercicio con Juana, y me sentía privado del feliz cansancio que me permitía dormir como si estuviera muerto. Encendí otra vez la portátil de pálida, escuálida luz, y retomé la novela de Juan Pérez, preservada de la lluvia gracias al nailon; el Gordo era un tipo prolijo y cuidadoso. Me había olvidado del Gordo; debí haberle telefonado, mantenido el contacto. Pero no habría sabido qué decirle.

Me era imposible concentrarme en la lectura. Seguía pensando.

De pronto se me ocurrió una idea genial: si no se podía encontrar a Juan Pérez, había que inventarlo. No sería difícil hallar a alguien dispuesto a asegurar que había escrito la novela. Le daría una parte de mis ganancias. El adelanto correspondiente lo pondríamos en un sobre. Podría entregarse el sobre a un escribano, para cuando el auténtico Juan Pérez apareciera a reclamar sus derechos, y mientras tanto la novela saldría publicada, yo tendría dinero y podría completar mi terapia con Juana, y todo el mundo feliz, incluyendo a los suecos.

El plan me entusiasmó; no le veía ninguna falla. Tal vez algunos meses de cárcel, si las cosas salían mal. Pero no era posible que salieran tan mal. No le estaríamos robando a nadie. Aun los suecos comprenderían.

¿Y quién podría aparecer como Juan Pérez? Juana Pérez,

naturalmente. Debía averiguar si podía escribir; quiero decir, si no era analfabeta. Aunque algo en ella me hacía pensar que alguna escuela tendría. Guardé la novela, apagué la luz, y me fui durmiendo mientras le seguía dando vueltas al asunto, que en pocos instantes se volvió una fatigosa lucha contra un gorila que provocaba desórdenes en un supermercado, mientras unos hombres discutían y discutían interminablemente la estrategia a seguir, sin llegar a un acuerdo. Después los sueños habrán variado el tema, aunque no los recuerdo, pues al despertar me encontré otra vez con una feliz erección, sin rastros de dolor. Bien por María López.

En la recepción, arreglé mis cuentas; debía un día entero, pero no me habían hecho ningún reclamo. Pasé por la panadería y compré los elementos para el desayuno; fui comiendo las medialunas por la calle y me senté en la plaza a terminarlas. En el bar pedí café negro, ahorrando así casi un dólar con cincuenta. Pero me dejó una cierta desazón no haber podido mojar las medialunas.

Después fui hasta la zapatería, y no entré. Cualesquiera hubieran sido las aspiraciones y las calificaciones de Eduardito, ahora, según se lo veía a través de la vidriera, era un zoquete sumergido en el olor a cuero y pies y pegamento especial. No tenía aspecto de haber escrito esa novela o ninguna otra. Llámesele prejuicio, pero en realidad había perdido todo interés en la investigación y sólo podría conmo-

verme una pista más sólida. Recordé súbitamente mi proyecto delictivo, y mientras me dirigía a la papelería-receptoría de avisos, le seguí dando vueltas en la mente y siguió pareciéndome bueno, si bien todavía me faltaban algunos detalles, entre ellos el coraje necesario para llevarlo a la práctica. Sería cuestión de convencimiento.

Redacté un aviso discreto, ante la mirada exoftálmica de la graciosa empleada. En el aviso no mencionaba nombres, sólo iniciales, y pedía que el autor de la novela se comunicara urgentemente conmigo, al teléfono del hotel, no más allá del día miércoles. Recomendé a la joven publicarlo en recuadro destacado. No sé si me entendió. Pero al menos sabía contar las palabras y sabía cobrar; sabía cobrar bien.

—¿Hay alguna librería, en Penurias?—pregunté luego.

Recibí la respuesta que esperaba: ésa era justamente una librería. Le pedí entonces las obras completas de Chandler.

—¿De qué?—preguntó.

—Libros —respondí—. Libros. Unas cosas con hojas, y tapas, y letras impresas.

—No, libros no tenemos —respondió lánguidamente, pasándose una mano por el pelo y mirándome con cierta compasión.

—¿Y podría decirme quién tiene libros a la venta?—insistí.

—No —respondió escuetamente. Saludé y me fui.

Ya no tenía nada que hacer hasta las siete, y si bien a las siete tenía que hacer como para llenar de sentido no sólo un día, sino un siglo, me fastidiaba enfrentar en lo inmediato esas horas vacías. Me gusta aburrirme, pero no a la fuerza. Y no en Penurias.

(21)

Di unas vueltas amplias, explorando zonas desconocidas, pero cuanto uno más se alejaba del centro, tanto más difícil parecía encontrar algo parecido a un libro; también había amenazas de lluvia inminente y no quería volver a mojarme por nada del mundo; volví pues al centro y compré, resignadamente, unas revistas atrasadas que me cobraron como aparecidas hoy. Fui a mi cuarto y me saqué toda la ropa. Me acosté y pasé a informarme: negociados argentinos, películas estrenadas dos meses atrás en Buenos Aires, la vida íntima de varios tipos que no conocía ni deseaba conocer, y me quedé dormido. Me desperté sobresaltado. Miré el reloj. Recién eran las cuatro. Me había salteado el almuerzo, y aunque no sentía hambre, lo sentiría muy pronto. Me vestí y salí nuevamente a la calle.

Brillaba un sol africano, en un cielo completamente diáfano. Todo estaba cerrado excepto, gracias a Dios, un bar en

la plaza. Allí me prepararon una milanesa al plato y ensalada rusa. Tomé una Coca-Cola bien fría. También pedí café; no era como el de la calle Lavallega ni, mucho menos, como el que yo suelo preparar en casa. A las cinco volví al hotel, volví a leer, volví a quedarme dormido, no sin antes leer un dramático artículo, donde el cronista relataba sus desvelos por reportear a un famoso personaje europeo; le llevó tres páginas confesar que no había podido lograrlo. Me desperté sobresaltado y miré el reloj. Las cinco y media.

«Este hotel era sólo para ti...» La frasecita inconclusa me golpeó la mente. ¿Kafka? Una paráfrasis. Pero ¿por qué demonios había pensado eso? Quedé un rato perplejo. Después comprendí: ese hotel tenía algo muy raro, y no le había prestado atención por las otras cosas que me ocupaban. No había visto a ningún otro huésped. No había percibido vestigios de vida humana, a no ser la mía propia y la de esa pareja que se turnaba en la recepción. La mujer me había dicho que la planta baja estaba toda ocupada. Muy bien. ¿Dónde está todo el mundo?

Preocupado, me levanté y me acerqué a una pared. Pegué la oreja. Nada, salvo la sangre circulando en las venas de mi oído. Obtuve el mismo resultado auscultando la pared opuesta, supuestamente también lindante con una habitación ocupada. En el baño, lo mismo. Silencio absoluto. Tomé el vaso donde se ponen los cepillos de dientes y lo uti-

licé como amplificador. Sólo se oía esa resonancia de mi sangre y de las habitaciones vacías. Muy bien: la gente habría salido. Pero ¿qué sucedía a otras horas? ¿Por qué nadie usaba una cisterna? ¿Por qué nadie discutía a gritos? ¿Por qué nadie andaba en los corredores, ni pedía su llave en la recepción?

Había caído en una trampa paranoica, y me costaba salir. Me sentí tentado a investigar, recorrer todas las dependencias del hotel, llamar a las puertas, interrogar a la recepcionista. No lo hice, pero asomé la cabeza al corredor durante un rato. Nada. «Este hotel era sólo para ti; cuando te vayas, en su lugar se verá solamente un terreno baldío.»

Volví a la cama. Suspiré. Hojeé una revista. Muy bien: tengo otros problemas. No me interesa el hotel y sus misterios. No quiero saber si el indio y la mujer de lentes están casados, ni me interesa averiguar quién me arregla la pieza cuando salgo. Todo tendrá una explicación lógica. Archívese.

Pero ¿por qué la mujer me había mandado el primer día al insufrible piso alto? Archivar. No preocuparse. Leer.

¿Habría cámaras de vídeo ocultas?

Las seis y media. Me duché. Me vestí. Me senté en una silla a esperar, sin poder desviar la mirada de la puerta. A las siete en punto sonaron tres golpecitos débiles. Mi corazón empezó a galopar. Abrí. Era ella.

Me dio un beso en la mejilla. Cerré la puerta con doble llave y esperé. No se quitó el tapado. Le noté una expresión algo extraña. Me miraba muy seria.

—Hoy es la última vez —dijo.

No entendí.

—¿Qué? —pregunté.

—Hoy es la última vez —repitió.

No entendí.

La miré.

—¿Hoy es qué? —Parecía idiota, y realmente así me sentía.

—Me llevé unas cachetadas porque quise venir y cumplir contigo, y al final me dejó venir, pero es la última vez —explicó.

Empecé a entender, pero no me gustaba lo que entendía.

—Tu marido —dije. Afirmó con la cabeza—. Tiene celos —añadí. Nueva afirmación—. ¿Celos? ¿Celos de mí?

Esbozó una sonrisa, intentando disculpar la estupidez del marido.

—Es así —dijo.

—¡Por Dios! —exclamé exasperado—. ¿Y los otros? ¿No tiene celos de los otros?

—La culpa es mía —dijo—. Él me preguntó quién era ese del hotel, y le dije que me parecías un hombre bueno, un poco distinto a los otros, porque me tratabas bien, con respeto. Entonces me prohibió verte.

Sentí una gran desesperación, pero al mismo tiempo podía entender hasta cierto punto a ese «marido». El riesgo de perder a Juana, y no sólo como fuente de ingresos, aunque remoto, era para poner nervioso a cualquiera.

—Quiero hablar con él —dije firmemente. Ella puso el grito en el cielo. Yo insistí, empecinado.

Su mirada era de verdadera angustia.

—Te va a matar —dijo con una sencillez aplastante—. No sabés cómo es.

No, no sabía cómo era, y de pronto tampoco quería saberlo. También yo podía matarlo a él. Y probablemente me gustaría demasiado hacerlo. Bajé la cabeza, y me interesó muchísimo una manchita blanca sobre mi zapato derecho, seguramente una salpicadura de pasta de dientes. ¿Con qué se fabricaría, tan blanca y pegajosa? En casa tenía un diccionario técnico; cuando llegara a Montevideo debería buscar «pasta de dientes». O, mejor, «dentífrico». Sin duda aparecería como «dentífrico». Era un buen diccionario; traía información sobre innumerables cosas. Aunque una vez había procurado averiguar cómo funcionaban los visores de cuarzo, y...

—¡Eh! —casi me gritó Juana. Levanté la vista. Ella estaba allí. ¿Cómo había entrado?—. ¿Qué te parece si aprovechamos este momento? —añadió, ahora con gran dulzura. Me conquistó el plural; no era sólo yo quien debía «aprovechar» el momento; ella también. Era muy gentil.

—Por lo menos me podrías dejar una fotografía —dije—. Para contemplarla y masturbarme. No quiero saber de ninguna otra mujer, nunca más. Te amo, Juana.

Rió suavemente. Esta vez dejó caer el tapado al suelo, y no se acostó. Se acercó a mí y empezó a desabrocharme la camisa, mientras me hablaba como a un niño pequeño.

—Verás que se te va a pasar —decía—. ¿Cuántas veces habrás sentido lo mismo? Después encontrarás una mujer más linda, más buena... porque yo no soy buena... y vas a ver que...

—Apenas salgas por esa puerta —dije, dramáticamente— me voy a colgar con el cinturón, del caño de la ducha. No puedo vivir sin vos, Juana.

Se rió a carcajadas y empezó a hacerme cosquillas. No tolero las cosquillas; fui retrocediendo y dando vueltas hasta quedar en una posición tal que le fue fácil hacerme caer sobre la cama, y me tiró encima toda su opulencia. Fui olvidando lentamente mis negros proyectos. Me dejó besarla en la boca, cosa prohibida hasta ese momento. Mucho más tarde fingió su orgasmo con tanta convicción que me dejó la duda. Mirando bien, ¿quién sabe? Ella también se había cargado emocionalmente, y quizás... Pero ya estaba vestida, ya alcanzaba la puerta, ya la abría, ya me hacía adiós con la mano. Quería saltar de la cama, correr hacia ella, abrazarme a sus piernas. No me pude mover. La puerta se cerró.

No supe más nada hasta lo que yo creía la mañana siguiente. Abrí los ojos; seguían fijos en la puerta. Ambas luces estaban encendidas; la de la portátil y la que pendía del techo. No recordaba sueños, no recordaba haber existido; algo enorme y negro me había tragado y ahora, sin poder digerirme, me vomitaba sobre una cama.

Seguía mirando la puerta, y no me hubiera sido muy difícil quedarme así durante el resto del día, y del mes, y del año. Pero en mi mente se había clavado, no sé cuándo, una idea inamovible. Tenía que irme. Impulsado por esa idea fija me levanté, me lavé la cara, me afeité, me peiné, me vestí y ordené mis cosas. Al guardar el despertador vi que eran las nueve menos diez. ¿De la mañana o de la noche? Consulté el reloj pulsera; era la noche del mismo día viernes. Había dormido menos de una hora.

Armé el bolso y lo cargué en el hombro izquierdo, me puse la novela bajo el brazo, revisé nuevamente la pieza y el baño, al abrir el cajón de la mesa de luz apareció, intacto, el paquete de preservativos, lo dejé ahí porque para mí se habían terminado las mujeres y fuera como fuese qué importaba; sin duda padecía el síndrome de inmunodeficiencia adquirida y la semana próxima me iban a sacar los testícu-

los carcomidos por el cáncer, oh esos inútiles adminículos con los cuales hubiera sido mejor no haber nacido... y entregué la llave a la señora de lentes redondos, le di la mano y las gracias, y salí rumbo a la agencia.

Al llegar allí vi con estos ojos cómo se alejaba raudamente el ómnibus de las 21:00, que había salido con un pequeño retraso. Saqué un pasaje para el siguiente, a las 23.30, y empecé a dar vueltas por la ciudad; el clima ya no era insufrible y alentaba a seguir caminando. Sentía un gran vacío interior y me movía por aquellos lugares sin mayor interés. Así fue como me encontré en parajes nunca vistos, al borde mismo de la ciudad; las calles estaban mal iluminadas, y en algunas la ausencia de luz era total. Llegué a distinguir vagamente ranchos, pasto y animales sueltos. Cuando quise emprender el regreso, comencé a trazar una lenta espiral hacia el centro, y me perdí.

No podía encontrar el camino. Cada calleja me llevaba otra vez a los bucólicos suburbios. Se me había borrado toda referencia, cruzaba una y otra vez mi rastro invisible, trazaba círculos como perdido en la nieve. Y estratégicamente distribuidos había unos arbustos que soltaban un aroma dulzón; se me pegaba a la nariz y a la piel y me confundía las ideas, porque era un aroma exactamente igual al perfume de Juana. Empecé a presentir a Juana tras cada esquina, jugando a las escondidas conmigo; un señuelo que me inducía

a seguir caminos equivocados, que me envolvía y me ataba a esos lugares sombríos como el hilo pegajoso de una araña.

Todo estaba quieto y desierto. Cada tanto veía a alguien, pero a lo lejos, en la proximidad de algún farol; siempre a lo lejos. Cuando intentaba acercarme, encontraba todo desierto nuevamente.

Comencé a ponerme nervioso, lo cual demostró que mi aparato psíquico existía aún. Me dije que allí perderse era tan probable como ganar la lotería; sólo debía mantenerme andando en cualquier dirección y fatalmente llegaría al centro. El razonamiento era bueno, pero los resultados no, aunque debo confesar que a veces hacía trampa y me dejaba desviar del recto camino por seguir los efluvios de aquel aroma particular.

Fue otro aroma particular lo que terminó de activarme: un olor a grasa quemada que me golpeó la nariz como un puño calzado con un guante de box. Inmediatamente comenzaron a funcionar las glándulas salivales, y me di cuenta de que tenía un hambre feroz. Mientras seguía sin dificultad el rastro de aquel olor, empecé a sentir un fuerte latido en las sienes, uno de los síntomas clásicos que suelo atribuir a la hipoglucemia.

Se trataba de un boliche que hasta el momento no había visto. Sobre una parrilla había trozos de carne asándose. No lo pensé mucho y me senté a una mesa.

—Va a demorar un ratito —dijo el patrón, y colocó sobre la mesa una botella de vino tinto.

Yo era el único parroquiano; no sé si por demasiado temprano o demasiado tarde. Miré la hora: las diez y media pasadas. Tal vez todavía estaba a tiempo de alcanzar el ómnibus, pero no me importaba demasiado. Quería comer, por encima de cualquier otra cosa, pero también percibía que en mi interior aquella nítida idea fija de partir inmediatamente se había debilitado, dejando paso a un conflicto lleno de malignos ingredientes, tales como el deseo de quedarme y tratar de recuperar a Juana por algún medio, y el deber de quedarme para completar mi investigación.

Estaba masticando e intentando tragar un trozo de pan fabricado sin demasiado amor, ayudándome con unos sorbos de ese vino que disolvieron el pan como ácido nítrico y me trazaron surcos sanguinolentos en el esófago, cuando sin previo aviso surgió la imagen de Troncoso. Más exactamente, su voz; fue un poco más tarde cuando apareció la fea cara. La voz decía: «Yo sé quién escribió esa novela».

Lo había dicho; estaba seguro. Y yo no le había prestado atención, poseído por aquella furia asesina. Pero él lo había dicho, y ahora surgía en mi mente como si lo oyera por primera vez. Pensé en una mentira, y rechacé la idea; él no in-

ventaría innecesariamente una mentira tan frágil y efímera. No; Troncoso sabía. La clave que necesitaba estaba en poder de alguien a quien yo había humillado.

No recuerdo el gusto del churrasco; estuve todo el tiempo masticando distraído, pensando y pensando. La conclusión final fue que debía olvidarme de Troncoso.

El cerebro comenzó a recibir señales tranquilizadoras con respecto al nivel de glucosa en la sangre, y eso posiblemente habría contribuido a mejorarme el humor si no hubiera necesitado utilizar el baño. El patrón me señaló la ubicación del inmundo cubículo, aunque yo mismo podría haberlo descubierto con los ojos vendados. En su interior debí moverme graciosamente en puntas de pie entre los charcos, como una bailarina clásica. Para fines higiénicos debí utilizar mi papel de carta, porque no había toallas ni papel higiénico. El *water-closet* era poco más que un agujero en el piso. Todo eso no mejoraba mi humor, pero tampoco necesariamente lo empeoraba; lo malo fue procurar distraerme leyendo las inscripciones, adornadas con abundantes dibujos obscenos, que enriquecían las paredes. Los *graffiti* habrían hecho llorar de risa a mi bisabuelo paterno en su época escolar. Y —de ahí mi malhumor— junto a uno de los dibujos aparecía el teléfono de Juana.

Eso me disgustó profundamente. Me lastimó. ¿Por qué debía seguir sufriendo humillaciones? Maldije al marido de

Juana. ¿Quién si no él podía ser el agente publicitario? No sólo como hombre; también como publicista era una mierda: el dibujo de los encantos que promocionaba era terrible, desproporcionado, aberrante e injusto. Revolví nuevamente el bolso y encontré una birome. Rasqueteé la pared y conseguí cambiar el número de Juana por el de María López, pero no me sentí mejor.

(23)

El patrón me dio algunas instrucciones para llegar al centro; eran relativamente fáciles. Quiso el Hado que ese recorrido pasara, a determinada altura, por una esquina familiar: el bar del Turco. Y quise yo, intoxicado por el vino y sobre todo por mis propios humores, que resolviera entrar, sentarme a la misma mesa donde había conocido a Juana, revolver heridas con toscos dedos y seguir intoxicándome con alcohol y malos pensamientos. Pedí una caña doble, aunque habitualmente basta una simple para liquidarme. Con ojos entornados miraba descuidadamente hacia la escalera. También intenté descubrir quién entre los delinquentes acodados al mostrador sería el marido de Juana, pero todos tenían las mismas chances. Cuando la caña me quemara la última neurona, me acercaría al mostrador

y preguntaría directamente por él y armaría una buena camorra.

Fui trasegando aquel brebaje diabólico, que los médicos me habían prohibido innecesariamente porque, en circunstancias normales, para hacérmelo tragar sería preciso agarrarme entre varios y echármelo en la garganta con un embudo. Percibía, embelesado, el daño que me hacía cada gota. Me salían cuernos, la cara se me llenaba de pelos y me crecían los colmillos. Mr. Hyde intentó ponerse de pie e ir hasta el mostrador a armar camorra, pero se sintió muy mal. Se apoyó en la mesa con las dos manos y se asustó cuando vio caer sobre la gastada superficie abundantes gotas de sudor que provenían de su frente, mientras el edificio comenzaba a oscilar sobre un mar no muy sereno. Trastabilló hasta la escalera y se aferró al pasamanos, y comenzó a subir, y subió y siguió subiendo sin pausa pero sin prisa hasta el tercer escalón. Allí intentó mirar hacia arriba y calcular cuánto faltaba recorrer, y una náusea le llevó gusto ácido a la garganta. Se miró los zapatos. Intentó respirar, pero no pudo. Siguió subiendo y subiendo durante algunos meses. Llegó al pasillo del piso alto. Vio una puerta abierta y entró a la pieza. Logró cerrar la puerta y pasarle llave. Quedó a oscuras. Logró tropezar con la cama y caer sobre unas sábanas que olían mal y ni siquiera tenían aquel perfume conocido. Logró sacar la cabeza fuera de la

cama y vomitar sobre el piso. Después, tras breve agonía, logró morir.

Los sueños carecieron de imágenes; fueron sólo palabras, discursos entremezclados a varias voces que, a veces, comenzaban a girar en remolino, me mareaban y me sepultaban bajo una capa pesada, oscura y asfixiante. Desperté, y una claridad, aunque muy débil, me hirió la vista. Moví la cabeza en dirección opuesta a la claridad y abrí nuevamente los ojos. Cuando pude mantenerlos abiertos, me levanté, junté mis cosas y salí al pasillo porque en la pieza ya no podía seguir respirando. Al final del pasillo había un pequeño baño; lo había conocido la vez que estuve con Juana. Me lavé como pude, me peiné ante el trozo de espejo que me mostró un cadáver en avanzado estado de putrefacción, y hasta me lavé los dientes con el cepillo y la pasta que llevaba en el bolso. Me enjuagué bien la boca, y tomé unos sorbos de agua. El agua me hizo vomitar. Volví a lavarme los dientes y a enjuagarme la boca, y a lavarme la cara y peinarme.

Tras las puertas cerradas sobre el pasillo no se producía el menor sonido; tampoco en el piso bajo. Descendí sigilosamente por la escalera. El bar estaba desierto y en penumbras. La puerta estaba cerrada con llave, y la llave no estaba a la vista. Pasé tras el mostrador, atravesé un hueco estrecho y me encontré en una pequeña trastienda, algo entre

despacho y cocina. Tenía una puerta de hierro con vidrios coloreados, la mayoría rotos. Estaba sin llave y abría a un patio descubierto con piso de tierra, donde habían amontonado cantidad de chatarra oxidada. Ese patio trasero daba a los fondos de otras casas, y me fue fácil llegar a la calle invadiendo mínimamente la propiedad privada. Si había perros, estaban dormidos, y anduve con paso de gacela procurando que no despertaran, pero un gallo de mierda súbitamente batió las alas junto a mi oído derecho, buscando equilibrarse al saltar sobre un poste, y dio un grito espantoso. Con los nervios deshechos me volví a mirarlo; era un dibujito dirigido por Tex Avery y producido por Fred Quimby; un gallo viejo, flaco, desprolijo, puro ojos y cogote. Cuando vio que me agachaba a recoger una piedra, dio un corto vuelo y se ocultó tras una chapa de cinc.

El aire del amanecer actuó como un bálsamo; a medida que avanzaba en mi caminata, me iba sintiendo más liviano y más ágil, y el estómago se aquietó. También me sentía mejor anímicamente, y en ese momento podía tanto obedecer al ello y comprar unas barbas postizas para intentar recuperar a Juana sin que el marido se enterase, como al superyó, y sentarme quietito en una silla a tejer rebozos de lana mientras esperaba la respuesta al aviso que había puesto en el diario zonal, o incluso a mí mismo, y tomarme un ómnibus para mi casa sin que se me planteara el menor conflicto.

Y de pronto, en una de esas callejas absurdas, lo vi. Allí estaba él. La pista olvidada, el hueco en la memoria. El hombre raro, solitario, que a veces sacaba fotos. Me había hablado de él con entusiasmo Juancito Fiore, aquel muchacho del kiosco, y yo lo había olvidado totalmente. No había dudas: era Juan Pérez.

(24)

Era un extraño individuo, robusto, con una vestimenta antigua que incluía chaleco. Estaba agachado, un ojo pegado al visor de una máquina fotográfica. La máquina estaba sobre un trípode con patas telescópicas reducidas a una mínima altura. Me pregunté a qué estaría apuntando el objetivo, porque aparentemente no había nada interesante a la vista. Parecía encuadrar una plantita silvestre, común y corriente, que crecía junto a una pared descascarada y semi-derruida. Me acerqué a mirar. Según creía yo, él no me había visto ni oído, pero me habló, sin moverse de su posición ante el visor.

—Marravillosos estos bichitos —dijo—. Es increíble talento creativo de bichitos.

No, no era Juan Pérez. Ningún centroeuropeo, o lo que fuese, podría haber escrito una novela tan uruguaya. Pero

igual me interesó; mejor dicho, me interesó más que si fuera Juan Pérez.

—¿Qué bichitos? —pregunté. Se incorporó elegantemente, e hizo un ademán hacia la cámara.

—Mirre, mirre usted mismo —dijo.

El hombre no era más o menos de mi edad, como había calculado Juancito, sino bastante mayor. Tenía un rostro agradable, sin arrugas, enmarcado por una nutrida cabellera canosa. La cámara era tipo reflex de objetivo único, y él tenía una mano junto al objetivo, sosteniendo una lupa. Me agaché y pegué el ojo al visor. Quedé fascinado. Era una tela de araña pequeñísima; no imaginé cómo el viejo había llegado a descubrirla. Estaba construida en forma tal que, aprovechando la incidencia de los rayos de sol a esa hora y en ese lugar, aparecía ante los ojos como una obra de arte, toda armonía y colorido, reflejos y matices. Me incorporé y miré asombrado al viejo.

—En verdad, señor... —empecé a decir.

—Max Jrrrrsh —se apresuró a intercalar, o al menos me sonó así. Le dije mi nombre y concluí la frase.

—... me parece un prodigio. ¿Cómo la descubrió?

—¡Aj! —Hizo un ademán y un gesto que parecían de intenso asco—. Son muchos años, joven. Muchos años.

Serían sin duda muchos, para que pudiera llamarme «joven». Me leyó la mente.

—Semana próxima cumplo setenta y dos, jovencito —dijo, orgulloso.

Luego hizo señas de que no lo molestara, y se dedicó a tomar fotografías, variando la posición de la cámara. Pero siguió hablando; se mantuvo todo el tiempo emitiendo sonidos, algunos inteligibles, otros no, en un parloteo muy difícil de seguir. Procuraré reproducir lo que recuerdo, suprimiendo erres excesivas y algunas otras consonantes, y también refunfuños, interjecciones y palabrotas en alemán o quién sabe qué idioma. No puedo dar fe de una gran fidelidad en mi transcripción.

—Telas de araña —decía—. Telarañas. También la vida puede ser telaraña, ¿usted sabe? Curioso cómo asemeja dibujo de ciertos **mandala**. Espacio mítico. Hombre también crea espacios míticos, ¿por qué no araña? Ciudades, por ejemplo. Al principio, sueño de hombre, lugar donde poner afuera dioses y demonios, pero después ciudad física atrapa, hombre queda como insecto en telaraña. Viaje hoy, linda chica. Bueno para usted. ¿Sostiene cartón?

Me había alcanzado una cartulina rectangular blanca, pegada a otra similar negra, que utilizaba, de uno u otro lado, para crear fondos convenientes. ¿Qué había dicho sobre el viaje? Su parloteo era otra telaraña y yo me iba quedando pegoteado.

—¡Aj! Debe fumar menos, jovencito; a ver si puede controlar temblor manos. Así no, más inclinada. Un poco más. Levante abajo. —Apretó el disparador, y luego hizo correr el rollo—. Dé vuelta cartón. Así. Bien. Descanso.

—¿Qué me decía del viaje? —pregunté.

Fingió no haber oído.

—Son bichitos muy talentosos, muy talentosos. —De un bolsillo al que no le veía la menor deformación, sacó unos cuantos maníes con cáscara y me los dio—. Mastique despacio; hace bien. Pago trabajo. Ja, ja, ja. Bichitos laboriosos. ¿Ve usted? Gente dice: araña teje tela. Yo digo: tela teje araña. Gente cree teje vida, pero vida teje gente. Todo conectado. Usted escribe cuento, pero cuento escribe usted; buscamos causa tiempo pasado, pero muchas veces causa en futuro. Confunden causa y efecto. Elija carta y no muestre.

Había sacado un viejo mazo de no sé cuál otro bolsillo, y lo exhibía en abanico ante mis ojos.

—No elija as de copas, pensaré usted borracho —dijo maliciosamente.

Imaginé que las cartas estaban marcadas, y a último momento cambié mi elección. La miré. As de copas.

—¡Borracho! —exclamó alborozado, y rió a carcajadas. De inmediato giró la mano y me mostró la baraja completa.

Todas las cartas eran ases de copa.

—Truco bueno, ¿verdad?

—Muy bueno, herr Jrsh —dije, y le tendí la mano para despedirme. Me fascina que me lean la mente, pero no me gusta. Hay cosas que prefiero mantener en secreto.

—Jrrsch —me corrigió él, agregando no sé cuántas erres. Me apretó la mano con fuerza y la retuvo mientras me daba sus últimos consejos y opiniones.

—Acuérdese, joven: hay dos infinitos —dijo, subrayando cada concepto con un enérgico movimiento del índice izquierdo, como dirigiendo una orquesta—; infinito muy grande, infinito muy pequeño, usted en medio; y dentro suyo, otros infinitos. Cada átomo cuerpo, pequeño planeta. No desalentar por cosas que pasan; vida continúa. Vida igual a mosquita curiosa, revolotea todos lados y mete nariz en todo. A veces mosquita cae en telaraña. Eso bueno. Naturaleza. Ley. No bueno caer telaraña propia. —Se golpeó con el índice tres veces sobre el centro de la frente.

Me soltó la mano, me miró sonriente, la cara rosada y saludable como una manzana, respirando felicidad por todos los poros. No le dije adiós, sino gracias, y comencé a buscar mi camino hacia el centro, masticando lentamente maníes. Me hacían bien.

—¡Viaje ahora! —me gritó, y cuando me di vuelta él ya estaba de espaldas, ocupado en su cámara.

Decidí hacerle caso, fuera ángel o demonio. O un simple viejo pedante, a quien yo atribuía poderes mágicos. Pero el hombre me había caído en gracia, y no podía negar que ejercía sobre mí una sólida autoridad, ese tipo de autoridad que sólo la sabiduría confiere a los hombres.

(25)

Esta vez pude llegar al centro sin la menor dificultad. Saqué un nuevo pasaje, y vi que tenía tiempo de sobra para el acostumbrado desayuno en el bar de la calle Lavalleja. La charla con el viejo me había alborotado las ideas, y aunque estaba completamente convencido de que debía viajar en ese momento, tal como él me había recomendado, no podía evitar, mientras mojaba las medialunas en el café, un sentimiento casi de tristeza por dejar esa ciudad, en buena medida a causa de Juana, pero también picado por la curiosidad del enigma no resuelto de Juan Pérez. ¿Quién sería? ¿Qué sería? Un hombre con letra femenina, una mujer con estructura mental masculina, un hermafrodita, un travesti, una boca pintarrajeada bajo un enorme bigote. Juan Pérez no podía existir; no existía; todo había sido un chiste.

Cuando volví a la agencia, el ómnibus ya estaba allí, con el motor en marcha, aunque el conductor no estaba aún

instalado en su sitio; de todos modos me apresuré a subir. Tenía el asiento número diecinueve, junto a una señora. Ella llevaba sobre la falda un enano vestido con ridículas ropas infantiles. El enano había sembrado trocitos de celofán en mi asiento, y sus ojillos viciosos me miraban expectantes, esperando seguramente que yo ocupara mi lugar para pasarme por la cara un chupetín pegajoso que esgrimía en una mano, y tal vez para vomitar sobre mis pantalones. Pensé en bajar y devolver el pasaje, pero el resto del ómnibus tenía muchos asientos vacíos, y seguí hacia el fondo.

Entonces advertí una grata presencia: aquella muchacha a quien llamé Roxana, Mabel y otros nombres, y a quien después aprendí a llamar por el suyo: Genoveva. Ya el ómnibus había comenzado a marchar. Me acerqué a la chica y le pregunté si podía sentarme a su lado, aunque ella estaba sobre el pasillo, indicación clara de no desear compañía. Me concedió el permiso sin evidenciar un enorme entusiasmo, y me abrió paso desgadamente corriendo las lindas piernas a un costado. Coloqué mi bolso en el portaequipajes pero conservé la novela sobre las rodillas, pensando nuevamente leerla si fracasaba la conversación. Recordé al viejo Jrsch: «Linda chica», había dicho. Era un brujo. ¿O se habría referido a la arañita que tejió aquella tela?

—¡Hey! —exclamó la joven sin previo aviso. Me sobre-

salté; temía haberle tocado, sin querer, algo indebido—. ¡Eso es mío! —agregó, y señaló hacia mis rodillas. Recordé a María López y apreté un poco las piernas; aquella experiencia me había vuelto un tanto susceptible.

—¿Qué cosa? —pregunté, revolviéndome inquieto en el asiento.

—Ese sobre —dijo; el tono era acusador—. Es mío.

Quedé un buen minuto embobado, sin comprender. Ese sobre era de ella. Ese sobre era de Juan Pérez. Por lo tanto, ella era Juan Pérez. Pero Juan Pérez, si bien tenía letra femenina, era, psicológicamente hablando, un hombre, o yo no entendía nada de psicología ni de estilos literarios —lo cual era una buena posibilidad a contemplar—. Si yo entendía de estilos literarios, Genoveva debería ser lesbiana; y si yo entendía algo de mujeres, ella no era lesbiana. Y me habría molestado mucho que lo fuera. En cualquier caso, al menos yo había culminado exitosamente la investigación.

Miré a la joven con incredulidad.

—No me diga que usted es Juan Pérez —murmuré.

—¡Claro que no! —dijo, indignada.

Respiré aliviado; no era lesbiana. Pero en ese caso mi investigación volvía a fojas cero. Una pena.

—Entonces, jovencita, está equivocada. Este sobre no es suyo —dije, en tono autoritario—. Este sobre es de un señor llamado Juan Pérez.

—Ya lo sé —respondió con el modo paciente utilizado para dirigirse a ciertos niños y a ciertos débiles mentales—. Ese sobre contiene una novela de un señor llamado Juan Pérez, pero lo escribí yo.

—¿Y quién escribió la novela? —pregunté, porque todavía no captaba mucho.

—En realidad, la escribí yo, pero Juan Pérez, o sea mi abuelo, me la fue dictando en las vacaciones pasadas. Él es ciego.

Me fabriqué mentalmente un aparato para darse a sí mismo patadas en el culo. El «milico» jubilado, ciego, que vivía en las afueras de Penurias; Juancito Fiore me había dado el dato, y yo lo había descartado sin una mínima investigación. Muy bien, Marlowe.

Y volví a darme patadas con la máquina: podía haberme ahorrado todos aquellos disgustos si en el viaje anterior hubiera continuado hablando con esa deliciosa criatura, a quien había descartado por inalcanzable. Pero, pensé también, me habría perdido a Juana, y a pesar del dolor pasado, y a pesar del dolor que sin duda volvería a sentir por su causa, conocerla no había sido tan mal negocio.

De todos modos ya tenía prácticamente los dos mil trescientos dólares. Y un buen tema de conversación. Me aflojé, me puse cómodo, y me olvidé de fumar durante casi todo el viaje; fue recién entrando a Montevideo cuando me acordé.

—¿Viste? —dije, porque ya nos tutéabamos—. Me hiciste olvidar del cigarrillo.

Ella batió palmas graciosamente. A esa altura del viaje yo ya sabía que ella había colocado en el sobre una tarjeta con los datos de Juan Pérez; el Gordo no la habría visto, y la perdió. De pequeños detalles como éste dependen a menudo grandes momentos de la vida.

También en ese rato había conocido la historia de Juan Pérez; era un militar de alta graduación, y durante la represión a la guerrilla había perdido a dos hijos tupamaros —tíos de Genoveva—. Eso determinó su pedido anticipado del retiro, e incluso había renunciado a su jubilación. Vivía bastante estrechamente, y bastante solo.

Traté de imaginarme esos veinte años de su vida, y el proceso que finalmente lo había llevado a conectarse con el escritor que todos tenemos dentro, pero no pude hacerlo.

—Ahora tu abuelo cobrará una buena suma como adelanto por la novela —dije—. Le va a venir muy bien.

—¿Cómo hacemos? —preguntó ella—. Él no se puede mover, y yo no entiendo esos trámites editoriales.

—No te preocupes. Yo me ocupo. Voy a sacarle a la editorial hasta el último centavo posible. Si se ponen duros, negocio yo con los suecos y la edito por mi cuenta. No te preocupes —repetí—; dejá todo en mis manos. —Eché una mirada apreciativa a su anatomía, prestando atención pri-

mero al conjunto y luego los detalles—. Todo —agregué tardíamente, y saqué del bolsillo un pañuelo para limpiarme un hilo de baba.

Después habíamos dejado el tema negocios. Viajaba a Montevideo porque en esos días su mejor amiga se casaba «con un señor bastante mayor, pero afortunadamente en estos tiempos esas parejas están más aceptadas, ¿viste?», dijo, y nos miramos a los ojos. Por mi parte, comprobé una vez más que ella me encantaba; y en su mirada descubrí cómo me calibraba, pesaba, medía, estudiaba mi código genético y calculaba cuánto dinero yo sería capaz de ganar si ella me manejaba bien, y advertí que al fin daba su aprobación.

—Aunque yo no me quiero casar —dijo ella, siguiendo el tema y deseando sin duda impedir que me escapara otra vez, como en el viaje anterior—. Soy demasiado independiente, y por ahora quiero seguir siéndolo.

«Por ahora», pensé.

Era evidente que para ella la aventura recién comenzaba. En cuanto a mí, sentía que la herida estaba todavía muy fresca. Había anotado la dirección de Juana y tal vez más adelante le enviaría una de mis orejas por encomienda. Pero momentáneamente no vi ningún mal en posar mi mano izquierda sobre la mano derecha de Genoveva, y al parecer ella no vio ningún mal en sonreír, aunque mirando hacia

otro lado para que yo no advirtiera la sonrisa, pero no tan hacia otro lado como para esconder un hoyuelo que se le formaba en la mejilla. Tampoco vio ningún mal en dejar su mano en mi mano y fingir que no se daba cuenta.

*Colonia, 31 de enero de 1993*



Para entrar o salir de la ciudad sitiada

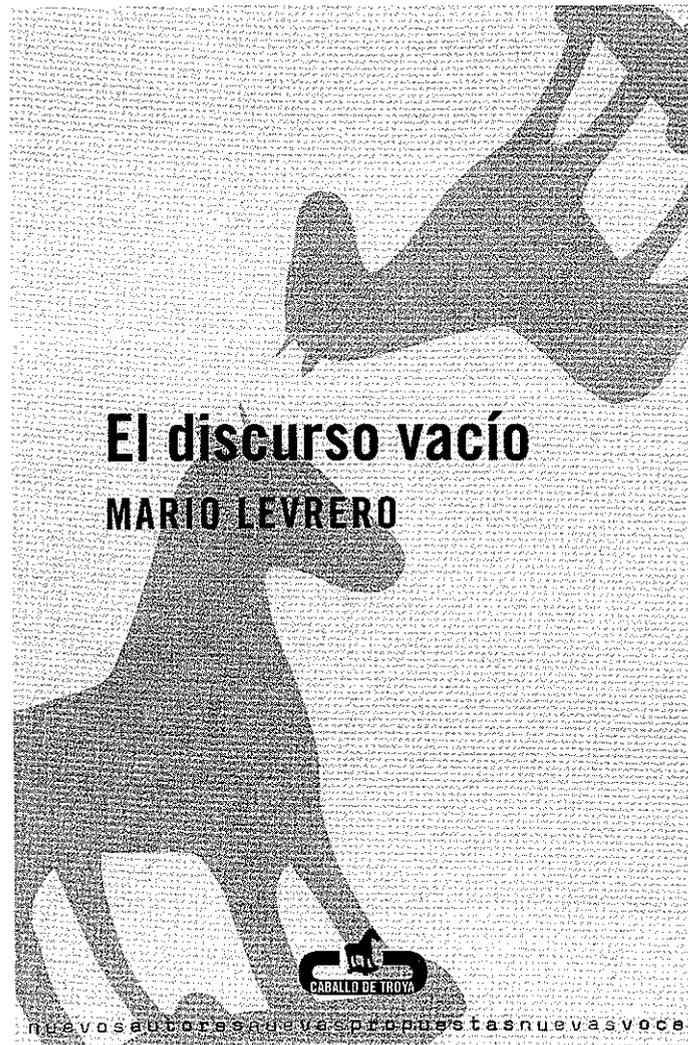
**Títulos publicados:**

- Palestina. El hilo de la memoria (3.<sup>a</sup> edición). *Teresa Aranguren*  
El malestar al alcance de todos (2.<sup>a</sup> edición). *Mercedes Cebrián*  
UnaMujerSola. *Isabel Blare*  
Carrera y Fracassi. *Daniel Guebel*  
Los mercaderes en el templo de la literatura. *Germán Gullón*  
Lo que no da igual. *María A. Delgado Mansilla*  
Unas vacaciones baratas en la miseria de los demás. *Julián Rodríguez*  
Los comedores de tiza. *Óscar Aibar*  
Dados blancos. *Alfonso Pexequeiro*  
Los años de aprendizaje de María V. *Ángeles Valdés-Bango*  
El dueño del trigo. *Pilar Cibreiro*  
Sorbed mi sexo. *Milo J. Krmpotic*  
La época del agua. *Elena Belmonte*  
El Cantar de Gaml. *Javier Pascual*  
Todos los caminos conducen al laberinto. *Alberto Sampablo*  
Tres historias europeas. *Lolita Bosch*  
El año que tampoco hicimos la Revolución. *Colectivo Todoazen*  
Trece por docena. *Varios autores*  
El esqueleto de los guisantes. *Pelayo Cardelús*  
Curso de librería. *Fernando San Basilio*  
La expectativa. *Damián Tabarovsky*  
Cartas clandestinas de un cartero casi enamorado. *Pablo Caballero*  
Los misterios de Barcelona. *Antonio-Prometeo Moya*  
Últimas conversaciones con Pilar Primo (2.<sup>a</sup> edición)  
*Antonio-Prometeo Moya*  
La frontera Oeste. Abecedario de un emigrante. *Suso Mourelo*  
Olivo roto: Escenas de la ocupación. *Teresa Aranguren*  
Mercado Común. *Mercedes Cebrián*  
Utilidades de las casas. *Isabel Cobo Reinoso*  
El llanto de los caracoles. *Mercedes Beroiz*

La ciudad en invierno. *Elvira Navarro*  
Periplos y Derrotas del Chancro de Azamor. *Javier Pascual*  
Leer con niños. *Santiago Alba*  
El discurso vacío. *Mario Levrero*

De próxima aparición:

La aldea muerta. *Xurxo Borrazás*  
Autobiografía médica. *Damián Tabarovsky*



# Periplos y Derrotas del *Chancro* de Azamor

JAVIER PASCUAL



nuevos autores nuevas propuestas nuevas voces